EL TEATRO
MODERNO

P. 155
39

SANTIAGO RUSIÑOL
G. MARTINEZ SIERRA

Tomo
18

BUENA GENTE

PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS

EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 7 mayo 1927 NÚM. 87

Santiago Rusiñol.
G. Martínez Sierra.

BUENA GENTE

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

PRENSA MODERNA
MADRID

PERSONAJES

Mariana, 18 años.
Catalina, 50 años.
Doña Julia, 45 años.
Lola, 19 años.
Una criada, 50 años.
Una mujer, 30 años.
Señor Bautista, 55 años.
Rafael, 22 años.
Don Antolín, 70 años.
Señor Farnell, 50 años.
Bautista, 24 años.
Don Julián, 45 años
Juan de la Peña, 21 años.
Jugador, 30 años.
Un hombre, 28 años.

ACTO PRIMERO

Una sala-despacho en una casa de empeños. A la derecha, ropas, muebles, colchones y toda clase de objetos empeñados, y detrás, la puerta de un almacén. En el mostrador, una taquilla de alambre; en primer término derecha, un escritorio. En el fondo, una puerta que da al pasillo de la escalera. A la izquierda, la puerta de las habitaciones, y en primer término una mesa escritorio llena de objetos y papeles.

ESCENA I

Señor Bautista, Bautista, señor Antolín, una *Criada,* un *Hombre* y un *Jugador,* después una *Mujer.*

(El señor Bautista está sentado ante la mesa escritorio del primer término izquierda, en mangas de camisa, quitando manchas de su levita. El señor Antolín, en el escritorio de la derecha. Bautista detrás del mostrador. El Jugador en pie, delante, y la Criada y el Hombre sentados en las sillas, esperando.)

JUGA. ¡Vamos, hombre, deme usted veinte duros!

BAUTI. Seis.

JUGA. Mire usted bien el reloj. ¡Esto es un meridiano!

BAUTI. Le conozco de sobra. Ya ha estado cuatro veces en casa.

JUGA. Por eso mismo, ya debían ustedes tenerle cariño. Siempre me han dado ustedes veinte duros por él.

BAUTI. Cuando era nuevo.

JUGA. ¿Y dónde ha envejecido más que aquí? En cuanto le doy cuerda, cric, crac, cric, crac, emprende una marcha, que no para hasta la casa de empeños.

BAUTI. Pero en cuanto le cogemos nosotros se para.

JUGA. No ve usted que me echa de menos; ¡pobrecillo!

BAUTI. ¿Y por qué se separa usted de él?

JUGA. Para mantener a una señora que me tiene afecto.

BAUTI. ¡Listo, listo!, que aquí no gastamos afectos.

JUGA. En esta indina casa deben de tener las entrañas de papel sellado.. Tenga, hombre, tenga. Ahí va el cronómetro, y venga la papeleta. El día en que tenga una casa, le juro que pongo reloj de sol. Vengan los seis duros.

BAUTI. *(Dándoselos.)* Son seis duros menos seis reales.

JUGA. Es verdad: hay que cobrar la usura.

BAUTI. El descuento.

JUGA. Bueno; llamémosle descuento. *(Marchándose.)* ¡Que hasta para dejarse explotar, tenga uno que gastar buenos modos! *(Se va.)*

BAUTI. *(Gritando.)* Veintiocho pesetas cincuenta.

ANTOL. Cincuenta, y el reloj consabido a caja. *(La Criada se acerca al mostrador.)*

BAUTI. ¿Qué trae usted aquí?

CRIADA. *(Deshaciendo un envoltorio.)* Traigo unos cubiertos de plata, a ver cuánto me pueden dar por ellos.

BAUTI. Tal como están, lo que pese la plata. Les han limado las iniciales.

CRIADA. No eran las iniciales: era el escudo.

BAUTI. ¿Qué escudo?

CRIADA. Sí, señor. El escudo de mis amos. No se vaya usted a figurar que los he robado.

SR. BA. Nosotros no nos fijamos en eso. No somos curiosos ni queremos saber procedencias. Hacemos el bien sin mirar a quién.

CRIADA. Gracias. Dios se lo pagará. Figúrense ustedes, mis amos, si estarán apurados los pobres cuando han caído en la bajeza de tener que acudir a esta casa.

SR. BA. ¿Cómo se entiende, haber caído en la bajeza? La bajeza está en gastar, y no en empeñar. ¡Cuántos nobles andarían descalzos si no nos

tuviesen a nosotros! ¡A cuántos hacemos levantar la cabeza, que si no fuera por nosotros la llevarían debajo del ala!

CRIADA. Puede que sí; ¡pero si viera usted cómo lloraba mi señora!

SR. BA. Más lloraría si no nos tuviese. ¡Bajeza dice! ¡Bajeza venir a mi casa!...

BAUTI. ¿Qué nombre ponemos?

CRIADA. Raimunda Rodríguez, para servir a usted.

BAUTI. *(Dándole el dinero.)* Tome: veintiséis duros con el descuento.

SR. BA. Y puede decir usted a su señora que el señor Bautista (y el señor Bautista soy yo), no debe nada a nadie, y a él le deben muchos, y que las personas son de bien o no lo son, según el saldo de la caja.

CRIADA. Ustedes dispensen, y buenas tardes. *(Se va.)*

BAUTI. Cubiertos, veintiséis duros.

ANTOL. Veintiséis, y caja a vergüenza.

HOMBR. *(Acercándose al mostrador.)* Un chaquet.

BAUTI. ¿A nombre de quién?

HOMBR. No lo quiero decir. Me da vergüenza.

BAUTI. Piense usted un nombre. Diga usted el que quiera.

HOMBR. Entonces ponga usted Pablo..., y detrás... Jorge.

BAUTI. Cuatro pesetas.

HOMBR. Pero si por una triste americana me dieron ocho y media.

SR. BA. Una americana vale más que un chaquet. En esta casa somos demócratas. *(El hombre cobra y se va. Entra una mujer.)*

BAUTI. Y usted, ¿qué quiere?

MUJER. Traigo este pañuelo de seda. Necesito doce pesetas.

BAUTI. No vale más que ocho.

MUJER. Pero yo necesito doce.

BAUTI. Yo le digo a usted que no vale más que ocho.

MUJER. Tengo a mi hombre muy malo. Tengo un hijo criando y no puedo pagar al ama. Compadézcase usted de una pobre. *(Llora.)*

SR. BA. No llore usted, mujer, no llore usted. Esta es una casa... de socorro, pero no es un depósito de lágrimas. Hace más de treinta años que ejerzo, conque ya ve usted si habré oído lamentaciones: si cobrásemos en lágrimas, esto sería un Banco de España.

MUJER. Mire usted qué pañuelo, es el mío de boda.

SR. BA. Aunque fuese el de entierro.

MUJER. Es el primero que he tenido.

SR. BA. Señal de que es viejo. Las cosas no se pagan por la fecha.

MUJER. ¡Si lo pido para mis hijos!

SR. BA. Ya me lo figuro. Todas las madres que vienen piden para lo mismo... Y que no son pocas. Pero una cosa son los hijos, y otra cosa es el negocio. A mí me gusta hacer favores, pero no aquí.

MUJER. ¡Pues hágame usted éste, señor!

SR. BA. Aquí estamos al negocio.

MUJER. Por aquellos angelitos.

SR. BA. ¡Dale con los angelitos! ¿Cuántos... angelitos tiene usted!

MUJER. Cuatro vivos y uno que se murió.

SR. BA. ¿Y qué jornal ganan ustedes?

MUJER. Mi hombre cuatro duros a la semana. Pero ahora hace dos meses que está en cama, y, ¡claro!, una se empeña.

SR. BA. ¿Y quién les manda tener tantos hijos, siendo pobres?

MUJER. Ya ve usted. El cariño, que es el único consuelo que tenemos los pobres.

SR. BA. Y luego... venga pedir.

MUJER. Si fuese por mí, antes me habría muerto. ¡Ay! Usted no sabe lo que me arranco de aquí, de aquí, del corazón, con ese pañuelo de seda. ¡Diez años de tenerlo guardado, de guardar ese recuerdo! Cuando en mi casa éramos felices y abría el armario, y le veía, no sé, me parecía que abría un sagrario. Hoy, cuando le he abierto para traerlo aquí, me ha parecido, ¡ay, señor!, me ha parecido que abría una sepultura.

SR. BA. Bueno, bueno; tú, Bautista, dale hasta diez pesetas, y no pasemos por tacaños.

MUJER. ¡Si son doce las que necesito!

SR. BA. Yo necesito diez millones. Y basta, que tenemos otra cosa que hacer, y otras lágrimas que enjugar.

MUJER. Pero... si... aquí...

SR. BA. Llévelo usted a la casa de al lado, que ahí ni siquiera le abrirán la puerta.

MUJER. *(Marchándose.)* ¡Pobre de mí! ¡Por dos pesetas, tener que dejarse insultar! *(El señor Bautista se pone la levita.)*

ESCENA II

Señor Bautista, Bautista y *señor Antolín.*

SR. BA. Me dan risa estas gentes. Se figuran que esto es una mina. Venga traer trapos inútiles, y prendas pasadas de moda, y cosas usadas, que parece que las han robado en algún cementerio, y venga pagarles, y darles lo que pidan, y, encima, consuélelos usted. ¡Pues si fuera a hacer caso a todos los que vienen, tendría que poner agencia de consuelos!

BAUTI. Y que lo diga usted, tío Bautista.

SR. BA. Vamos a ver, tú que entiendes del ramo. ¿Quién me va a comprar todo lo que traen aquí los pobres? Los pobres no compran, empeñan; los ricos..., los ricos no compran pingajos... ¿Me voy a poner yo todas las prendas? Ya me pongo las que puedo, pero no me las puedo poner todas. ¡Dichosa miseria! Que tenga uno que vivir de ella, y que ni aun viviendo con ella encima, pueda uno vivir.

BAUTI. ¡Sí que es verdad!

SR. BA. ¿Sabes lo que es eso? Lujo, pretensiones y no contentarse con lo que tienen. Aquí me tienes a mí, por ejemplo. Me parece que bien puedo gastar.

BAUTI. Todo lo que usted quiera.

SR. BA. Lo que quiera, no; un poquito menos. Bueno, pues llevo unos zapatos decentes, pero con medias suelas; unos pantalones que no eran míos, pero que lo parecen, y una levita que, fuera manchas, todavía será levita. ¡Que ahorren los pobres como ahorro yo!

BAUTI. ¡Qué van a ahorrar!

SR. BA. Pues que aprendan y que no se quejen, que todos tenemos motivos para quejarnos. Total, ¿qué se ha hecho hoy?

BAUTI. Nada. Cosa de doscientos a trescientos duros.

SR. BA. Pues a real por duro, cuenta. Ya ves lo que yo voy ganando.

BAUTI. Pero conste que estamos en verano, y el verano es mal tiempo.

SR. BA. No importa.

BAUTI. La gente puede andar con poca ropa. No hay miseria como en el invierno, y, ¡claro!, esta falta de miseria nos perjudica.

SR. BA. Dí la falta de hacer favores.

BAUTI. Es lo mismo.

SR. BA. Es lo mismo, pero hay quien no lo cree.

BAUTI. Toda la gente como es debido lo cree.

SR. BA. ¡No faltaría más! ¿Quién echaría una cuerda a los náufragos de la vida que se ahogan en seco, si no se la echáramos nosotros? Nadie. ¿Que no lo hacemos gratis? ¡Claro que no lo hacemos gratis! ¿Quién hace nada gratis en el mundo? El que no hace pagar un real por duro, lo cobra en agradecimiento. ¿Y sabes qué quiere decir agradecimiento? Quiere decir usura moral. La adulación al veinte por ciento, y la exigencia al cuarenta.

BAUTI. Sí que es verdad.

SR. BA. Mira. Tú eres el sobrino a quien más quiero, ya lo sabes. Te quiero porque vas por buen camino. Pues escucha lo que te digo. Piensa que en el mundo todo está en los cuartos. Todo se compra y todo se vende; sólo varía el precio de la finca y el modo de comprarla. Si quieres comprar bien, no te enternezcas, y si no

quieres comprar de mala manera, hazte el pobre y el desgraciado, por si acaso das con gente que se deja enternecer. Procura conservar, si puedes, eso que se llama el honor, las afecciones, las amistades; pero, sobre todo, conserva el crédito, que con el crédito te entregarán dinero, y el dinero puedes trabajarlo; y ya ves si te aprecio, que te doy consejos de balde. ¿Te los darían los demás?

BAUTI. Así lo haré, tío Bautista. Usted es para mí más que un padre.

SR. BA. Un padre... gratuito.

BAUTI. Un hombre que piensa bien. *(El señor Antolín baja del escritorio.)* ¿No es verdad, señor Antolín?

SR. BA. El señor Antolín es un bendito; todo se lo cree, todo el mundo le engaña.

BAUTI. ¿Tan viejo?

SR. BA. No tiene cura.

BAUTI. Entonces, ¿de qué le sirven a usted los años?

SR. BA. De nada, si no le dan rédito.

BAUTI. Pero vamos a ver, ¿usted de qué partido es?

ANTOL. ¿Yo? De ninguno; de ninguno y de ninguna parte. Yo ya no soy más que un número, hijo mío. Acaso un cero nada más; pero un número.

BAUTI. ¡Ja, ja, ja!

ANTOL. Cuenta que ya hace cincuenta años que estoy metido en esa garita; que en vida de los viejos, que en gloria estén, ya estaba yo dentro.

SR. BA. Sí que es verdad.

ANTOL. Y el que se pasa cincuenta años entre el Debe y el Haber, ya no es un hombre: es una duda. *(Bautista y el señor Bautista se ríen.)* A los veinte años me pusieron delante el Mayor, un Mayor como una llanura, y me dijeron: "Andando, Antolín, aquí tienes hojas y tinta, y cuidado con echar un borrón, que las manchas de la persona la bencina y el tiempo las borran; pero las del Mayor llevan de cabeza a presidio."

SR. BA. Es verdad.

ANTOL. Y, desgraciadamente para mí, hace cincuenta años que no echo borrones. Desde que entré en la jaula no he faltado ni un solo día. El señor Bautista lo puede decir. Jamás me he movido de ese fielato, ni he tenido más amigos que Varios, ni más compañeros que Deudores: pero nunca he podido apuntar: Alegría de Caja a mí, ni Antolín a salir de la jaula, ni Libertad a Antolín; ni sol, ni aire, ni gozo: sino debe y debe y más debe, y haber a monotonía. Y no me quejo. Ya ni ganas de quejarme tengo. Sólo quiero decir con esto que el que no aprende más que un libro, por grande y mayor que sea, llega a no tener parecer. Todo se salda en el libro, y el saldo (el saldo soy yo) se convierte en un nivel, o en un contador, o en un reloj que marcha sin darle cuerda.

BAUTI. Vamos, que no es usted tan máquina como dice. ¡También habrá usted tenido sus buenos ratos!

SR. BA. ¡Claro que sí, hombre!

ANTOL. Con seis hijos que tengo, ¡figúrese usted si habré pasado buenos ratos! *(Señor Bautista y Bautista se ríen.)* Se ríen ustedes de los buenos ratos que me habrán hecho pasar los hijos. ¡Qué le va uno a hacer! Yo soy como la mujer de antes; también de cuando en cuando me distraía queriendo, y a cada distracción de cariño que me daba, ya lo veía venir: ¡otra criatura en los brazos!

SR. BA. Dios le bendiga, señor Antolín.

ANTOL. Sí, sí; bendiciones de Dios no me han faltado.

SR. BA. Todo el que no echa cuentas, abusa. Vamos a ver, señor Antolín, ¿qué alegrías le han dado a usted los hijos?

ANTOL. ¿Que qué alegrías me han dado, pregunta usted? Para que usted lo entienda, sólo le voy a decir una cosa. Figúrese usted que cada hijo le produce un ciento por ciento, y que va usted doblando los intereses, o figúrese usted que

yo soy Caja, y que me hago éste asiento: "Yo a varios o a seis hijos Comandita."

SR. BA. ¿Y disgustos?

ANTOL. "Hijos Comandita a Yo", es decir, a mí. Y encima una fracción.

BAUTI. ¿Qué fracción?

ANTOL. ¡Mi mujer! *(Señor Bautista y Bautista se ríen.)* Mi mujer, señores, mi mujer, que si no me hubiesen acorchado el corazón los cincuenta años de lamentos que he estado oyendo en esta casa, puede ser que la hubiera traído a empeñar.

BAUTI. No le hubiéramos dado ni un cuarto por ella.

ANTOL. Y hubieran ustedes hecho como unos santos. Sufrirla a ella sí que es echarse encima un tomo.

BAUTI. ¿Y a qué edad se casó usted?

ANTOL. ¡Ay!, ya no lo sé. ¡Siempre! Lo tengo apuntado en otro libro.

BAUTI. ¿En qué libro?

ANTOL. En el Mayor matrimonial.

SR. BA. ¿También del matrimonio lleva usted Mayor?

ANTOL. Yo llevo libro de todo; a cada hijo o nieto que me nace le abro cuenta corriente; ¡y tan corriente! ¿Y saben ustedes lo que encontrarán mañana que yo falte? Las páginas de los gastos llenas y la de los ingresos en blanco. Total: miseria en el Haber y soledad en el Debe.

SR. BA. ¿Y no le da a usted vergüenza?

ANTOL. ¡Si ya no sé si tengo vergüenza!

SR. BA. Yo sí que no la tengo, cuando conservo en mi casa un hombre así.

BAUTI. ¡Ja, ja, ja! No tiene remedio. *(Bautista se va al almacén.)*

ESCENA III

Señor Bautista y *señor Antolín.*

ANTOL. ¡Claro que no tengo remedio! Ya lo sé. Pero aguánteme usted, que no soy nadie.

SR. BA. ¿Pues no le he de aguantar, santo varón? Ya

sabe usted que yo soy muy considerado, que aprecio a mis dependientes, por lo que valen en sí mismos y por la utilidad que me dan; y la prueba de que a usted le considero, es que quiero hablarle a usted como a persona de confianza.

ANTOL. Usted dirá.

SR. BA. Yo, señor Antolín, ya sabe usted que hace muchos años que estoy trabajando. Nací heredero de esta casa; la he continuado con toda la honradez que sabe; estoy bien considerado en el comercio, tengo crédito con la gente como es debido, y no debo nada a nadie.

ANTOL. ¡Qué suerte!

SR. BA. Sí que es suerte..., pero al hombre que tiene casa de empeños, le tienen..., cómo le diré a usted..., le tienen por un desuella pobres.

ANTOL. Hombre, no tanto...

SR. BA. Sí, señor, por un desuella pobres..., y yo no quiero desollar más pobres: cierro la casa de empeños y me dedicaré a prestamista.

ANTOL. ¡Ay, pobre de mí!

SR. BA. No se asuste usted, señor Antolín; usted continuará en la casa. El que ha llevado los libros que ha llevado usted, bien puede continuar llevándolos, que de sobra sabe lo que son libros.

ANTOL. ¡Ay, y qué peso me ha quitado usted de encima!

SR. BA. Yo, ya sabe usted que no ando mal del todo...

ANTOL. Sé que es usted muy rico, señor Bautista.

SR. BA. ¡Silencio, señor Antolín! El tenedor no debe saber nunca si el principal es rico o es pobre.

ANTOL. Usted dispense; no lo volveré a saber.

SR. BA. Tengo un pasar, nada más que un pasar, señor Antolín, y como tengo un pasar, me puedo dedicar a hacer buenos préstamos. Hay muchos jóvenes menores de edad que, a pesar de ser de buenas casas, tienen que esperar a que se le mueran los padres para poder cobrar lo que les corresponde, y entretanto padecen y son esclavos y no pueden ocupar su puesto, y no está

bien que tantos pobres hijos tengan que esperar la muerte de sus padres: la esperaré yo por ellos.

ANTOL. Cobrando su interés.

SR. BA. ¿Usted ha estado cincuenta años en el comercio, y se atreve a hacerme esa pregunta? En este mundo no se hace nada de balde, y el que quiera ser libre, que lo pague. Además, hay otro asunto que me obliga a cambiar de negocio.

ANTOL. ¿Otro?

SR. BA. Sí, señor. Ya sabe usted que yo no tengo hijos; o no me he acordado nunca de querer, según las teorías de usted; o no me han debido querer a mí, porque no habré pagado lo bastante; el caso es que no los he tenido.

ANTOL. Dios da hijos a quien no tiene uñas.

SR. BA. A mí tanto me da tenerlos como no. Nunca los he echado de menos. Si me he casado dos veces ha sido para que me cuiden, y por eso siempre he echado mano de la criada. Cuando encontré una económica, ordenada y que miraba por la casa, la pasé por la iglesia, y ¡santas Pascuas! Pero mi mujer, mi mujer no es como yo. Dice que quiere una hija, que quiere compañía, que se aburre, que se entristece, y nada, como por humilde que sea, al cabo... ¡es mi mujer!

ANTOL. ¡Así lo fuese tanto la mía!

SR. BA. Ya sabe usted que siempre me estaba mareando: "Que debíamos adoptar una niña", "que quiero una incluserita", "que la mantendremos con nada", "que patatín, que patatán". Pues andando, ya está hecho. Ahora se ha ido a buscar a la inclusera.

ANTOL. ¡Jesús, Dios mío! ¿Es pequeña?

SR. BA. ¡Qué pequeña! Chiquillos para quien los quiera. Diez y ocho años, y bien criadita, ¡y buena para trabajar!

ANTOL. ¡Qué me dice usted! ¿Y usted la ha visto?

SR. BA. ¡Claro! Como que si no, no me la hubieran

dado. ¡No andan con pocos requisitos para una cosa tan sencilla! Gastan más papeles para una chica que yo para un empeño. Primero una solicitud al director de la inclusa. Luego, pedir informes, que, tratándose de nosotros, fueron buenos, naturalmente, y después se le puede dar el nombre o se la puede dotar, lo que se quiera. Yo, por ahora, le he dado el nombre.

ANTOL. Pero antes la habrán escogido ustedes.

SR. BA. Claro que la hemos escogido. Fuí con mi mujer, y le digo a usted que aquello está montado que no hay oficina que le lleve ventaja. ¿No ha ido usted nunca a ver la casa de Misericordia?

ANTOL. No, señor.

SR. BA. ¡Oh, es una cosa magnífica! Grande, espaciosa, recta; allí no verá usted una ventana que salga dos dedos más que otra, y si se cierra una, se cierran todas, y cuando se abren, todas abiertas. El patio, ¿qué le diré a usted? es como un cuartel, pero un cuartel limpio, sin que salga ni una mata de hierba. Los comedores, blancos; las mesas de mármol, blancas; las camas, blancas; todo blanco, y aquel orden: "Refectorio, Dormitorio, Enfermería": allí no se hace nada sin letrero. Las ropas, ¡admírese usted!, las hacen a máquina, y siempre salen exactas; el pan lo pesan, para que todas coman lo mismo, como si fuera un rancho, pero místico, y cuando es hora de dormir, a dormir todas a la misma hora, y cuando es hora de levantarse, todas al suelo. En fin, una igualdad magnífica.

ANTOL. ¿Y las muchachas?

SR. BA. Todas iguales. Yo no sabía cuál escoger. Nos fijamos más en la edad que en la diferencia de cara.

ANTOL. Vamos, que han hecho ustedes una obra santa. Su señora de usted es muy buena.

SR. BA. Y barata.

ANTOL. ¡Pero si usted no tiene que mirar el dinero,

cristiano! Yo no sé nada, pero sé que usted es muy rico, señor Bautista, ¡muy rico!

SR. BA. Sí que soy rico. A usted se le puede decir; pero no hay tormento más grande para mí que gastar.

ANTOL. Entonces, ¿qué saca usted de tener dinero?

SR. BA. ¡Que qué saco! ¡El gusto de saber que lo tengo! Escuche usted, señor Antolín. Usted no sabe lo que es ser rico y tenerlo guardado en secreto. Saber que el dinero crece, crece, que se va amontonando en la caja, y que, aunque no lo vea, sabe que es suyo, y que lo puede tirar y no lo tira, y que lo puede dar y no lo da. Todo eso que ves, se dice uno a sí mismo, montañas, mujeres, juventud, alegría y honras, podría ser tuyo, y no quieres que lo sea. Esa mujer que se vendería, la puedes comprar, y no la compras; esa conciencia que se rendiría, la puedes rendir, y no la rindes, y como no lo haces teniendo poder para ello, tienes el mismo goce que si lo hicieras; todo esto por el dinero. ¡por ese montón de papeles, que están esperando que les abras la puerta para salir a hacer daño!

ANTOL. Pero yo, si tuviese tanta fortuna...

SR. BA. ¡Cállese usted, le digo! ¿Quién le ha hablado de fortuna? Yo no tengo más que un capitalito, ¿l entiende usted?, menos que un capitalito, un pasar... para ir tirando; casi una pobreza. Los hay que vienen aquí a empeñarse, y no son tan miserables como yo. *(Entra Rafael cantando, con una cartera bajo el brazo.)*

ESCENA IV

Señor Bautista, señor Antolín, Rafael y *Bautista.*

RAFA. "Allons, enfants de la patrie, le jour de glorie est arrivé." ¡Hola, tío, y la compañía!

SR. BA. ¿Qué traes por aquí, buena pieza?

RAFA. Vengo porque sé que llega una niña.

SR. BA. ¿Quién te lo ha dicho?

RAFA. ¡Anda! Pues no hay poca alarma en la familia. Los tíos, los primos, los sobrinos, desde que han sabido la noticia no hacen más que correr de un lado para otro. No tardarán en venir. Deben estarse afilando las uñas.

SR. BA. ¿Y cómo lo han sabido?

RAFA. Por el olor.

SR. BA. ¿Y qué les importa la niña?

RAFA. ¡Ja, ja! Si no vendrán por la niña. Vendrán por los cuartos de la niña.

SR. BA. Pero ¿qué cuartos le he dado yo?

RAFA. Los que le dejará usted en el testamento.

SR. BA. ¿Y qué saben ellos de testamento?

RAFA. Eso es lo que les duele: que no lo saben.

SR. BA. Pues si no lo saben que traguen hiel.

RAFA. ¡Bien dicho, tío! ¿Y a ti qué te parece, Bautista?

BAUTI. No sabía ni una palabra; pero si es la voluntad del tío...

RAFA. Tú eres un hombre prudente.

BAUTI. Más que tú.

RAFA. ¡Y tanto! Mira: si hay cuestiones de familia, tú vota con la mayoría.

BAUTI. Y tú, ¿qué has venido a hacer aquí?

RAFA. ¿No me ves con la cartera? A hacer un dibujo con todos vosotros; es decir, una caricatuya: yo no hago más que caricaturas.

BAUTI. ¡Poca lacha!

RAFA. Cuando los parientes están en funciones, es decir, cuando ofician los parientes, es cuando descubren sus verdaderos instintos y cuando tienen más carácter; y el hombre, cuando tiene carácter, siempre se parece a algún animal.

BAUTI. Eso te sucederá a ti.

ANTOL. Bien, Rafael. ¡Ja, ja, ja! A mí este muchacho me hace reír.

SR. BA. Sólo falta que le den ustedes alas. En su vida toma nada en serio.

RAFA. Ni ganas. Yo vivo de la seriedad de los demás. Lucidos estaríamos si los hombres no hi-

ciesen muecas. Vistan ustedes a un hombre de lo que quieran; de general, de sereno, de senador, hasta de policía, y en seguida hace la mueca justa, la que le corresponde por traje. Ya es hombre a propósito para que yo le dibuje.

ANTOL. ¡Ja, ja, ja! ¡Bien dicho!

SR. BA. Vamos a ver, ¿qué traes en esa cartera?

RAFA. Traigo cuatro dibujos que no sirven para usted. No querría usted empeñármelos.

SR. BA. Señal de que valen poco.

RAFA. Ya lo sé; pero hay infelices que me los compran.

SR. BA. ¿Y con eso te ganas la vida?

RAFA. Según lo que usted entienda por vida. Como comprarme fincas, no me las compro; pero si el vivir consiste en tener alegría, le llevo a usted treinta o cuarenta de ventaja.

SR. BA. Y cuando seas viejo, ¿qué vas a hacer?

RAFA. No tendré que hacer testamento, y los parientes no me vendrán a ver.

SR. BA. Contigo no se puede hablar.

RAFA. Pues se lo diré a usted de otro modo. Viviré mal, como vivieron un tal Velázquez y un tal Goya, y un tal Quevedo; pero si llego a parecerme a ellos, que sospecho que no, de aquí a doscientos o trescientos años todavía me seguirán retratando.

SR. BA. ¿En las aleluyas?

RAFA. En las aleluyas de sus amores de usted. En los billetes del Banco de España.

ANTOL. ¡Muy bien dicho!

SR. BA. ¡Muy mal dicho! ¿Y por qué los retratan en los billetes?

RAFA. Porque también en el Banco son humoristas.

SR. BA. Tú sí que no sé cómo eres. ¡Si te viese tu pobre madre!

RAFA. Mi madre me querría a mí y querría a los dibujos, porque serían metos para ella. Pero no hablemos de mi madre, porque me pondría serio y entonces me iba a parecer a Bautista.

BAUTI. ¿Y qué irías perdiendo con parecerte a mí?
RAFA. ¡Ja, ja! ¡A una papeleta de empeño!
SR. BA. ¡Poca vergüenza, más que poca vergüenza! Más valdría que le imitases, y en vez de hacer esos monos, que son la risa de todo el que los mira, te estuvieses en el escritorio, como te lo he ofrecido tantas veces.
RAFA. ¡Justo! Y que en lugar de hacer números, me pusiese a dibujar sobre el inventario, y no pudiese dibujar más que víctimas, y perdiese mi parroquia, ¿verdad, señor Antolín?
ANTOL. Yo ya he perdido la opinión, hijo mío.
RAFA. Porque los libros se la han hecho perder a usted.
ANTOL. El Mayor, sobre todo el Mayor.
RAFA. Pues que Dios nos libre de Mayores.
SR. BA. Y de holgazanes.
RAFA. Y de lo que usted quiera; pero no me predique usted, que es inútil. Vamos, tío, quiérame usted tal como soy, que ya sabe usted que yo le quiero tal como es usted.
SR. BA. Ya puedes decir que te aprecio. A nadie le consentiría que me dijese las cosas que me dices tú.
RAFA. Pero nunca le pido a usted dinero.
SR. BA. Eso es lo único bueno que tienes. Verdad es que no te le había de dar; pero siempre es de agradecer que no me le pidas.
RAFA. Me parece que ya están ahí.
SR. BA. ¿Qué quieres decir?
RAFA. Los que no le piden, pero le esperan.

ESCENA V

Dichos, Farnell y doña Julia.

JULIA. Buenas tardes.
SR. BA. Muy buenas.
JULIA. Ya puedes figurarte a qué venimos.
SR. BA. Todavía no.
JULIA. Sentémonos.

SR. BA. ¿No queréis pasar dentro?
JULIA. Aquí mismo.
SR. BA. Donde quieras.
JULIA. No creas que he venido para sentarme.
SR. BA. Pues no te sientes.
RAFA. *(Al señor Antolín.)* Llegó la hora.
JULIA. Me sentaré, y hablaremos.
SR. BA. Adelante.
JULIA. Y puedes figurarte de lo que vamos a hablar, de esa hija... de lance, que te traes a casa.
SR. BA. ¿Y qué?
JULIA. Tú dirás.
SR. BA. Ya lo he dicho todo.
JULIA. Pues yo, sólo tengo que decirte una cosa. Tú eres muy dueño de lo tuyo, ya lo sabemos. Tú mandas y dispones como te parece; pero lo que ofende a nuestra dignidad de hermana... y de cuñado, lo que no nos cabe en la cabeza es haber tenido que saber la noticia, nada menos que por los vecinos, por los que entran y salen en la casa, por cualquiera, menos por ti o por tu se... ñora esposa, que era a quien os tocaba decirlo.
SR. BA. ¿Y nada más?
JULIA. Que era a quien tocaba decirlo por consideración a tus hermanos, hermanos carnales, de padre y madre, que para ti, como si fueran perros. De tu mujer no me extraña, que la que no ha recibido educación, ¿de dónde la va a sacar?, pero ¡de ti!, de ti que, seas como seas, has tenido principios, toda la familia está aturdida.
SR. BA. ¿Y qué?
JULIA. Que nos tratas muy mal; pero si no hemos tenido suerte como tú, no por eso nos vas a echar a un rincón. Si éste *(Por su marido.)* jugó a la baja y perdió, ¿no es el papel quien tiene la culpa? ¿O vas a decirme a mí que quebró por su gusto?
FARNE. Calla, mujer.
JULIA. Quebró porque debía, y no fué quiebra frau-

dulenta, y cobraron los que quisieron, y sabe para tu decoro que en todas partes nos reciben bien, y la gente como es debido nos aprecia, y que si tuviésemos tu dinero, seríamos tan decentes como tú.

SR. BA. ¡Mira que estoy teniendo demasiada paciencia!

FARNE. Alto, alto; vamos por orden.

SR. BA. ¿Ahora tú?

FARNE. Ahora yo, para poner las cosas en su lugar. Entiendo yo, y es mi modesto parecer... un parecer desinteresado, equitativo, estricto y razonable, que acaso has procedido con precipitación. Antes de tener una corazonada de esta índole, las cosas se consultan, se duerme sobre ellas, si es necesario, se llama a un abogado, que abogados no faltan; si no está uno de acuerdo, se celebra una junta, se reúne un consejo de familia...

SR. BA. Y, luego, se deja correr.

FARNE. Sí, señor; se deja correr. ¿Sabes qué te va a resultar una muchacha extraña? ¿Sabes si será caprichosa, si sera malgastadora?

SR. BA. De eso me encargo yo.

FARNE. Las muchachas que no han tenido padre, la mayor parte son de mala índole.

JULIA. ¡Todas!

RAFA. Cuidado, tía.

JULIA. ¡Todas, digo!

RAFA. ¿A cuántas ha conocido usted?

JULIA. No hace falta conocerlas para saberlo. Siempre van tristes, con la cabeza baja, y no hay que fiarse de las gentes que no se atreven a levantar los ojos.

RAFA. Ni de las que se atreven a levantarlos demasiado.

JULIA. ¡Simple!

RAFA. Gracias, por la parte que me toca.

JULIA. No te fíes de hijas abandonadas.

SR. BA. Las pago.

FARNE. Resumiendo: aquí nos tienes a todos nosotros,

que te habríamos cuidado con mil amores, y vas a buscar una extraña.

SR. BA. La busco y la pago, os vuelvo a decir; yo lo pago todo; vuestra opinión, la expósita, los padres incógnitos de la expósita, y si no lo pago, lo puedo pagar.

FARNE. Pues no hablemos más del asunto, que lo podrías interpretar como miras egoístas. Ya veremos lo que da de sí la tal... expósita.

JULIA. *(Por el ruido que se siente fuera.)* Ya está aquí. *(Entran don Julián y Lola.)*

ESCENA VI

Dichos, don Julián y *Lola.*

JULIAN. Buenas. Ya veo que hay quien se ha adelantado.

SR. BA. ¡Andando! Vengan consejos.

JULIAN. No, no. Nosotros no diremos nada, porque me figuro que ya lo han dicho todo. Sólo dos palabras bien dichas. Lo que has hecho lo encuentro de mal gusto, sencillamente de mal gusto.

LOLA. ¡Ay, tío! ¿Qué ha hecho usted?

SR. BA. ¿También tú tienes que decir?

LOLA. También yo, por la parte que me toca. ¿Cómo va a tratarse con nosotros una criatura tan sospechosa? ¿No ve usted que no es de nuestra clase? ¿No ve usted que si salgo con ella parecerá que saco a paseo a una mona disfrazada? ¡Ay, qué cosa más cursi!

JULIAN. Cursi y de mal gusto.

SR. BA. Pero si ella no tiene que tratar con vosotros.

LOLA. Pero nosotros tenemos que tratar con ella.

SR. BA. ¿Y por qué?

LOLA. Porque... porque papá lo dice.

JULIAN. Es claro. Al fin y al cabo eres nuestro hermano mayor, y no podemos abandonarte. Después, mi hija tiene que casarse, ya es hora de buscar un partido digno de ella, y aunque yo sea rico,

tú, como tío suyo, eres un buen apoyo. ¿Quién te manda meterte con chicas de la Inclusa?

JULIA. Es lo que le estábamos diciendo. Como si no tuviese bastantes sobrinos.

JULIAN. Y sobrinas. Ya ves, hasta Lolita podía hacerte compañía.

JULIA. ¡Ay, no; tu hija no puede ser!

JULIAN. ¿Y por qué?

JULIA. Porque Bautista tiene costumbres... modestas, y Lola no sabría hacerse a ellas.

LOLA. ¿Y usted qué sabe?

RAFA. ¡Bomba! Ya llegó.

SR. BA. Así, así; discutidlo entre vosotros mismos.

JULIA. No tenemos nada que discutir; pero yo sé de sobra que no serviría. Es una niña mal criada.

LOLA. La mal criada lo será usted.

RAFA. Ahora va bueno.

JULIA. Acuérdate de que soy tu tía.

LOLA. ¡Vaya un recuerdo más agradable!

FARNE. Orden, orden.

JULIAN. *(A Lola.)* No disputes, que es de mal gusto.

LOLA. Como ya sé dónde van a parar...

JULIA. Todos debemos ir al mismo sitio.

SR. BA. Decidlo claro y de una vez. El cariño que me tenéis os ciega.

RAFA. *(Hacia el pasillo.)* Buenos días, tía y la compañía.

SR. BA. ¿Son ellas?

JULIA. ¡Ay! ¡Es la... sobrinita!

SR. BA. ¡Y basta de historias! El que le ponga mala cara no vuelve a entrar en esta casa.

ESCENA VII

Dichos, Catalina, Mariana y, después, una *Mujer.*

CATALI. Entra, entra; todos están aquí.

MARIA. Buenas tardes. Buenas tardes, señor...

SR. BA. Señor Bautista.

MARIA. Sí, señor Bautista. ¡Huy qué gente!

RAFA. *(Al señor Antolín.)* Buena planta. ¡Lástima que no se haya criado al sol!

JULIA. Qué, ¿te damos miedo?
MARIA. No, señora.
CATALI. Hemos tardado porque le quería cambiar el traje, pero todavía no estaba listo.
JULIA. Es muy bonito ese que llevas. Es sencillo, pero... vamos, es... sencillo.
FARNE. Es el uniforme oficial.
MARIA. El que llevamos para salir.
JULIA. ¿También os permiten salir?
MARIA. Sí, señora.
JULIA. Y ¿adónde vais?
MARIA. A los entierros.
JULIA. ¿Y nada más?
MARIA. ¡Ah! Sí, señora, a paseo; pero donde más vamos es a los entierros.
FARNE. Sí, yo las he visto varias veces en los entierros; pero como se parecen tanto, no la hubiera conocido.
JULIAN. Claro; como uno va allí por el muerto y no por ellas.
JULIA. ¿Y quién os hace esos trajes?
MARIA. En casa.
LOLA. ¿Tenéis costurera?
MARIA. No, señorita. Los cosemos nosotras mismas; y a la que cose mejor y se porta bien, la hacen Hija de María.
SR. BA. ¿Qué es eso?
MARIA. ¡Anda, y no lo saben! Hijas de la Virgen.
JULIA. ¡Es decir, que sois hijas de la Virgen!
MARIA. No todas. Las hay que ni eso pueden ser.
CATALI. ¡Pobrecilla! ¿Pero tú si que lo serías?
MARIA. ¡Ay, sí, señora! Muchas veces. Lo he sido por la costura, por las labores y por la escritura.
LOLA. ¿Es decir, que también sabes escribir?
MARIA. Claro que sé.
LOLA. Pero ¿a quién escribís?
MARIA. ¡Toma! ¿A quién escribe usted?
LOLA. A mi papá.
MARIA. A mi padre... yo no puedo escribirle... pero escribía trozos de la Historia Sagrada, vidas

de santos, cuentos de vírgenes. ¡Y unas historias más bonitas!

LOLA. Y novelas, ¿no has leído nunca?

MARIA. ¡Dios me libre!

LOLA. Pues yo te prestaré una.

RAFA. *(Al señor Antolín.)* Me voy por no estrellar a un pariente. *(Entrándose al almacén.)*

MARIA. Una vez, una que volvió a casa, porque donde la habían sacado dice que la hacían sufrir mucho, nos explicó una novela que había leído, ¡y toda la sala llorábamos!

LOLA. ¿Y cuál era?

MARIA. Amor de madre, se llamaba.

LOLA. ¡Uf!

MARIA. Aquella semana sí que no hubo ninguna hija. Nos castigaron a todas.

JULIAN. Hay mucho rigor en esas casas.

FARNE. Ya lo creo.

JULIA. Buenas andarían si no le hubiese.

MARIA. Pues no, señora, no le hay. Nos quieren mucho las madres. Tenemos una que es santa.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

MARIA. ¿Por qué se ríen ustedes?

SR. BA. Por nada, mujer.

MARIA. Es que es verdad. Cuando alguna de nosotras está enferma o está triste, porque por joven que una sea también está triste algunas veces, pues ella la vela, la arropa, y hasta le canta canciones. ¡Esa sí que es una madre!

CATALI. Bueno: no le hagan ustedes más preguntas, que se cansa la criatura.

MARIA. No, señora, no me canso. ¡Si me gusta hablar! ¡Soy más charlatana! En la clase de lectura, siempre me tenían que mandar callar.

JULIA. Sí, que con tantas muchachas juntas, aquello debe parecer un gallinero.

MARIA. Sí que lo parece. Las hay que hablan, las hay que enredan, las hay que se ríen. ¡Hasta mala hay alguna!

JULIA. ¿Nada más que alguna?

MARIA. Algunas. Allí no tenemos tanta suerte como

ustedes, que todos pueden ustedes ser buenos, y lo son.

ANTOL. También hay de todo.

MARIA. ¿Qué dice usted?

ANTOL. No he dicho nada. Yo no tengo opinión, hija mía.

SR. BA. Y, vamos a ver, Mariana.

LOLA. *(Con desprecio.)* ¡Ay, Mariana!

JULIA. ¿Hasta nombre tienes?

MARIA. ¡Ay!, sí, señora. Una servidora está bautizada.

SR. BA. Escucha, te digo: escucha a tu... padrino.

LOLA. ¡Ejem! *(El señor Bautista la mira seriamente.)*

SR. BA. A tu padrino... que es como si lo fuese. *(Mariana se ríe.)* ¿De qué te ríes?

MARIA. De que me da vergüenza que sea usted mi padrino.

SR. BA. Contesta a tu pa... drino. ¿No te alegraste cuando viste que te... sacábamos?

MARIA. No lo sé. Primero, casi no me di cuenta... Me pasó una cosa extraña... ¿cómo diré?... me pareció que caía una piedra... del cielo, y me había tocado a mí. Me alegré, luego me dió pena, luego me puse contenta. Cuando te llevan sin ser su hija, pensé, deben de ser muy generosos... ¡Debe de ser un cielo la casa donde vas; se deben querer unos a otros; debe ser un jardín de alegría, un ramo de flores, un altar! ¡Dios mío de mi alma! Y entonces, de puro contenta, llora que te llora, y llora que te llora, ¿da risa, verdad?, me pasé llorando toda la noche.

CATALI. ¡Hija mía!

SR. BA. ¿Lo habéis oído?

JULIA. Eso lo debe decir por tu sobrina.

LOLA. Eso lo debe decir por usted. *(Entra Rafael.)*

JULIA. ¡Como tú tienes tan buenos sentimientos!

LOLA. ¡Quién habló!...

FARNE. ¡Alto, alto!...

JULIA. Si te figuras que no sé adónde vas a parar.

LOLA. Me parece que vamos las dos del brazo.

JULIAN. No seáis cursis, hijas mías.

JULIA. Eso cuéntaselo a tu Lola. ¡Descarada, más que descarada!
SR. BA. Basta, digo; que estáis en mi casa.
JULIA. Echanos, si te parece.
SR. BA. ¡Digo que basta!
RAFA. ¿Qué le parece a usted, señor Antolín?
ANTOL. Quiebra fraudulenta a huérfana.
MARIA. *(Asustada.)* ¿Qué tienen? ¿Qué pasa? ¿Es que tengo yo la culpa?
SR. BA. ¡Qué has de tener tú la culpa! Es que aquí también se nos alborota la escuela.
MARIA. Me había asustado.
RAFA. *(Acercándose a ella.)* Mientras esté yo aquí, no te asustes.
MARIA. ¿Usted?
RAFA. Yo soy la madre de la casa.
MARIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencia!
SR. BA. Déjate de ocurrencias, y contesta. ¿Qué impresión te ha hecho entrar aquí?
CATALI. ¿Y qué sabe la pobre criatura?
MARIA. Sí que lo sé... Me ha parecido todo pequeño, pequeño, como una jaulita negra.
LOLA. ¡Como siempre ha vivido en un palacio!
MARIA. Si me dejan ustedes, yo lo pondré todo blanco.
JULIA. *(Al señor Farnell.)* Se debe figurar que está en un Hospicio.
SR. BA. Más adelante, más adelante haremos gastos.
MARIA. ¡Cómo me gusta la blancura! ¿Verdad que parece tan honrado lo blanco, y limpio, y bonito, y arreglado? El que vive en un cuarto blanco, de veras, me parece que no puede ser malo. Por eso el olor que más me gusta es el de la colada.
LOLA. ¡Uf!
MARIA. Y ya sé por qué está todo tan negro, ya sé; es que están de mudanza.
SR. BA. ¿Por qué dices que estamos de mudanza?
MARIA. Lo conozco por los colchones.
TODOS. ¡Ja, ja, ja!
MARIA. ¿De qué se ríen?
JULIA. Pregúntaselo a tu... padrino.

SR. BA. *(Enfadado.)* ¡Que me lo pregunte! Aquí no tenemos que ocultar nada. Estas son cosas del negocio.

RAFA. Es que hacemos colección de antigüedades.

MARIA. ¡Ay! perdónenme ustedes. Ya lo sé. Se han enfadado porque me he reído. Como siempre he estado encerrada, hoy me río sin darme cuenta. Es como si me soltasen de la jaula.

JULIA. Sí, lo que es hoy, señorita, no te harían Hija de María.

CATALI. ¡Pero yo la hago hija mía!

RAFA. Bien dicho, tía; ¡usted tiene corazón!

CATALI. No tengo nada, pobre de mí; pero conozco el mal. ¡Abrázame, hija; abrázame, y llámame madre!

MARIA. ¡Dios mío! ¡La gana que tenía de decirlo! *(Abrazándola.)* ¡Madre, madre de mi corazón! Dígame lo que tengo que hacer. Diríjanme. Llévenme de la mano, como a un niño perdido, ¡que yo estoy acostumbrada a obedecer!, ¡y quiero obedecer!, ¡y quiero agradecer, sobre todo, agradecer! Padrino, abráceme usted también.

SR. BA. *(La abraza. Pausa. La mira.)* No me había fijado. Eres guapa, aquí en casa... Te haremos dos vestidos nuevos... no, dos no... uno; pero bueno. Y haré que te curen los ojos.

JULIA. Si pueden...

CATALI. ¡No han de poder!

JULIA. Si es de nacimiento, no.

RAFA. ¡Cállese usted!

CATALI. Aunque sea de nacimiento.

MARIA. ¡Gracias, Dios mío, y Virgen de los Desamparados! ¡Ya me decía tu mirar que no me abandonarías! *(Mujer, entra corriendo y desesperada.)*

MUJER. ¡Las diez pesetas! Tenga usted; aquí está el pañuelo. ¡Denme las diez pesetas!

JULIAN. ¿Qué es eso?

JULIA. ¿Qué pasa?

BAUTI. Ahora no es hora de despacho.

MUJER. Yo necesito las diez pesetas. ¡Mi hombre se está muriendo, y tengo que pagar al ama!

SR. BA. Ya le han dicho a usted que ahora no se despacha. Venga usted mañana por la mañana.

MUJER. ¡Si es que el ama no tiene corazón, y todos, todos nos vamos a morir!

JULIAN. ¡Qué escena más molesta!

FARNE. Pero ¿qué es eso?

BAUTI. Nada. Una cliente.

SR. BA. Tenga usted, ahí le regalo dos pesetas. Márchese pronto, que se las regalo.

MUJER. Pero si es que me traerán el hijo a casa y no tengo qué darle; ¡si es que no puedo! ¡Si es que no puedo!...

RAFA. *(Acercándose a la mujer y medio a escondidas.)* Tenga usted y váyase. Se las doy.

MUJER. ¿Usted?

RAFA. Váyase usted. *(La mujer se va.)*

FARNE. Pero ¿qué es eso?

RAFA. Nada, no ha sido nada. Le he hecho reflexiones filosóficas.

JULIA. ¡Jesús, qué escena más triste!

LOLA. Yo me estaba poniendo nerviosa. *(Mariana llora con la cara escondida entre las manos.)*

SR. BA. ¿Ahora te toca llorar a ti.

CATALI. *(Llevándosela.)* Vaya, vámonos; ven conmigo, ven conmigo allá dentro, hija mía.

SR. BA. Despídete antes de estos señores. *(Mariana, medio llorosa, da la mano a Lola, que le da las puntas de los dedos; a doña Julia, que la toma friamente; a Rafael, que se la aprieta, y ella baja los ojos, y al señor Antolín, que, conmovido súbitamente, le da un beso en la frente. Después rompe en grandes sollozos.)* Vamos, basta de llantos. Ahora entras en la vida, y en la vida hay sus tragos. Aquí no es como allá dentro. Tienes que pensar que ésta no es la Casa de Misericordia. *(Catalina la hace entrar.)*

RAFA. Ahora sí que habla usted con el corazón. ¡Qué ha de ser ésta la Casa de Misericordia! TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una sala modesta y abigarrada. Al fondo, la puerta de la escalera; a un lado, la de las habitaciones, y al otro, el despacho con una mampara y un rótulo que dice· "Despacho". Una caja de hierro, una mesa escritorio, un piano, y por todas partes, muchos muebles descabalados y medio viejos que, por el desorden y la variedad, se ve que son saldos de una casa de empeños.

ESCENA I

Señor Bautista y *Juan de la Peña.*

(El señor Bautista está sentado a un lado de la mesa escritorio, y va dando papeles a Juan de la Peña, que los firma.)

PEÑA. Bueno. ¿No tengo que firmar nada más?

SR. BA. Por ahora, nada más. Son los tres pagarés escalonados, que podremos ir renovando, mediante el pago de los intereses, hasta que usted cobre la legítima, o tenga una desgracia de familia, o su papá de usted se ablande.

PEÑA. Me parece que no se ablandará, y que tendremos que esperar a lo otro.

SR. BA. Muy bien. Aquí tiene usted el talón.

PEÑA. ¿Y qué quiere usted que haga con ese papel?

SR. BA. Cobrarlo.

PEÑA. ¡Ay! yo no puedo perder el tiempo. ¿No me podría usted dar el dinero en billetes?

SR. BA. Sí, señor; con mucho gusto. Pero hay costumbre de hacer un descuento.

PEÑA. Descuente usted, hombre, descuente usted. ¿Quién se va a parar en pequeñeces en estos casos?

SR. BA. *(Yendo a la caja y dándole los billetes.)* Tenga usted. No le cobro más que el uno por ciento. Vea usted si está justo.

PEÑA. *(Metiéndose los billetes en el bolsillo, sin contarlos.)* Está bien.

SR. BA. ¿No los cuenta usted?

PEÑA. ¿Cuántos los vamos a contar? Usted es hombre de confianza.

SR. BA. Eso sí que es verdad, señor Peña.

PEÑA. De la... Peña.

SR. BA. O de la Peña. Yo, cuando puedo, ahorro palabras.

PEÑA. Aquí, donde usted me ve, soy marqués.

SR. BA. No me extraña.

PEÑA. Pues a mí, sí; porque hace dos meses no lo era. Mi padre le ha comprado el título al Papa.

SR. BA. ¿En eso se gastan ustedes los cuartos?

PEÑA. Eso siempre viste, y ayuda a hacer una buena boda; porque ahora yo quiero casarme; como usted lo oye; me quiero casar.

SR. BA. ¡Pobre muchacha!

PEÑA. ¡Ja, ja, ja! Ya lo puede usted decir. ¿Usted fuma?

SR. BA. No, señor.

PEÑA. *(Ofreciéndole un cigarro.)* Mire usted que es un buen cigarro.

SR. BA. No fumo... pero fumaré.

PEÑA. Pues sí, señor; me quiero casar. Ya tengo unos amores medio platónicos con una chica muy guapa, que tiene un tío muy rico y usurero. Pero, eso sí, primero quiero divertirme. Quiero correrla, coomo suele decirse. ¿Usted no la corrió en su juventud?

SR. BA. No tenía dinero para ello.

PEÑA. ¿Y por qué no lo pedía usted prestado?

SR. BA. Porque no tenía papás a quienes poder sacar la legítima.

PEÑA. *(Enciende un fósforo y le tira. El señor Bautista le recoge y le pone dentro de una caja.)* ¿Es que hace usted colección de cerillas?

SR. BA. No; le recojo para que no se queme la alfombra.

PEÑA. Dispense usted, como no he visto escupidera... Y no es porque aquí falten muebles. ¡Vaya un muestrario que tiene usted!

SR. BA. Son herencias.

PEÑA. ¡Ah, ya!, de su papá de usted.
SR. BA. De todo el mundo.
PEÑA. Pues ahí tiene usted. Mi papá sí que me hace sudar a mí la herencia. El se empeña en no darme dinero, y yo me empeño hasta la coronilla.
SR. BA. Eso va en genios..
PEÑA. ¡Qué genio! ¡Tacañería! No puede usted figurarse lo agarrado que es. Por él no tendríamos automóviles más que de veinte caballos, y cuarenta por hora. Mujeres de segunda, tres o cuatro trajes, y querría que anduviese a pie.
SR. BA. Sí, que es poco.
PEÑA. ¡Y encima, me quiere hacer trabajar! ¡Ja, ja! Me da risa. ¿No ha trabajado él para mí?
SR. BA. Me figuro que sí.
PEÑA. Como un negro; ¡y sigue trabajando! Ese vicio de trabajar no tiene cura. Pero, bueno, no quiero molestarlo. Me voy a ver una mujer, ¡que ya, ya!
SR. BA. Sí, sí; aprovéchese usted ahora que es joven, y ya sabe usted que yo le ayudaré hasta donde me alcance el capitalejo.
PEÑA. Muchas gracias, y buenas tardes. *(Se va.)*
SR. BA. Oiga, oiga; que se me olvidaban los sellos.
PEÑA. ¿Cuánto es?
SR. BA. Dos pesetas.
PEÑA. Tome usted un duro; no me dé usted la vuelta, se la doy de propina... *(El señor Bautista le mira salir con desprecio. Después se restriega las manos, pensando en el negocio que ha hecho, y mete los pagarés en la Caja.)*

ESCENA II

El *señor Bautista* y el *señor Antolín.*

ANTOL. *(Entrando sofocado y conmovido.)* ¡Don Bautista! Dispénseme usted. No sé cómo decirle... ni qué decirle... me he retrasado...
SR. BA. Ya sabe usted que no importa.
ANTOL. Sí que importa, don Bautista. Nunca me había

sucedido, en tantos años; pero me sucede una cosa... muy gorda.

SR. BA. ¿Que tiene usted, hombre?

ANTOL. Quince mil duros.

SR. BA. ¿Qué está usted diciendo?

ANTOL. Que he heredado. ¡Que he heredado quince mil duros!

SR. BA. ¡Esa sí que es buena! ¿Y de quién?

ANTOL. De un hermano, ¡pobrecillo! De un hermano de esos que parecen de novela; pero que también los hay en la vida.

SR. BA. ¿Y dónde se ha muerto?

ANTOL. Donde se mueren todos los hermanos que dejan dinero: en América.

SR. BA. ¿Y ha cobrado usted ya?

ANTOL. Yo, todavía no; pero los de mi casa, sí. Quiero decir, que es como si ya hubiesen cobrado. Todos han salido a hacer compras. A estas horas ya deben haber dejado vacías no sé cuántas tiendas; por eso, como yo me he quedado solo en casa, me he tenido que hacer la comida, y no he podido llegar a mi hora.

SR. BA. ¡Bravo, bravo! Y de aquí en adelante, ¿qué piensa usted hacer?

ANTOL. Lo de siempre: trabajar.

SR. BA. ¿Trabajar dice usted? Reflexionemos; reflexionémoslo un poco.

ANTOL. Sí, señor; lo reflexionaremos. Ahora me voy al Mayor.

SR. BA. Espere usted; espere y tenga calma. Siéntese usted. *(Se sienta.)* ¿Está usted seguro, seguro de que ha heredado?

ANTOL. El mismo notario me ha escrito, y me envía el dinero.

SR. BA. Bueno; pues entonces, yo también tengo que decirle una cosa, que nunca me hubiera atrevido a decirle, pero que ahora viene como anillo al dedo, dadas las circunstancias presentes. Usted ya es muy viejo, señor Antolín, y los libros que usted lleva también lo son; y como el negocio que tengo ahora no exige gran con-

tabilidad, podría usted retirarse a vivir sin trabajar, y a vivir con un tres por ciento. Contando siempre y a todas horas, sean de despacho o no lo sean, con el amigo comercial y con el amigo particular, además de tener abierto un crédito que fijaremos en... doce mil duros.

ANTOL. Es decir ¿que usted me echa?

SR. BA. No le echo a usted. Eso nunca. Le retiro... eso es; le retiro de la circulación... dependiente.

ANTOL. ¡Pero eso es decirme que me vaya!

SR. BA. No es cosa de ocho ni de quince días. Se le pagará a usted la quincena con toda religiosidad; pero si la casa amortiza muebles, también tiene que amortizar dependientes.

ANTOL. Pero ¿no ve usted que no voy a poder vivir?

SR. BA. ¿Con quince mil duros que ha heredado usted dice que no va a poder vivir?

ANTOL. Si no es eso lo que quiero decir. ¿No ve usted que ya estoy hecho al trabajo? ¿No ve usted que me he acostumbrado a él desde pequeño? ¿No ve usted que ya soy demasiado viejo para no hacer nada, para estarme de más?

SR. BA. Ya que es usted tan viejo como dice, paséese usted.

ANTOL. ¡Paséese usted, paséese, me dice! ¿Y dónde quiere usted que vaya a pasear un hombre que ha estado cincuenta años sentado? ¿Qué sé yo dónde se pasea, ni dónde se toma el sol ni la sombra, don Bautista? ¿Sabe usted lo que es estar cincuenta años preso y que le abran a uno de golpe las rejas? Para ser libre hay que aprender a serlo, y yo no he tenido tiempo de aprender.

SR. BA. Eso dicen que se aprende pronto.

ANTOL. Si yo ya no tengo tiempo, señor Bautista.

SR. BA. ¡Pues no sé qué decirle a usted, hijo mío! El puesto de usted le puede ocupar otro que no tenga tanta renta.

ANTOL. ¡Pero no que tenga tantos años! Tantos años de ver miseria y oscuridad, y paredes húme-

das. He criado a los libros como un padre, y ahora que son grandes, me echan. *(Llora.)*

SR. BA. ¡Bah, bah, usted chochea, señor Antolín! Hágase usted cargo de que tengo más gastos del que tenía. La niña aprende francés, piano, ¡de todo! ¡Todo lo que puede saber una muchacha!

ANTOL. *(Respondiendo ensimismado.)* ¡Ay, la niña!

SR. BA. Y no es que me arrepienta, no se lo vaya usted a figurar. No sé qué diablos me ha dado este demonio de chiquilla. Yo, que nunca he sido malgastador, en tratándose de ella, ¡allá va el gasto!

ANTOL. ¡Ay de mí!

SR. BA. ¿Que quiere un vestido? Venga un vestido; yo mismo le compro, le pago y casi le coso y se le pruebo. ¿Que quiere música? Yo, que en mi vida había visto solfas, hasta le vuelvo la hoja. ¡Hasta peinadora le he puesto, y cocinera, y venga gasto!

ANTOL. ¡Ay, Dios mío!

SR. BA. La verdad es que nunca me hubiera figurado que aquella criaturita, tan poquita cosa, con aquel aire de oveja mansa, pudiera llegar a ser lo que es, guapa, buena moza, arrogante... nada, una inclusera que es tan guapa como si tuviese padres.

ANTOL. ¡Ay!

SR. BA. Pero ¿a qué viene tanto gemir?

ANTOL. Estaba pensando en un asiento para el día en que me muera, que me parece que no tardará mucho: Caja a Antolín... y a la Caja: Antolín a Caja, ¡y adentro!... y de allí al libro inventario del cementerio del Este. *(Se va hacia el despacho.)*

SR. BA. Pero ¿dónde va usted tan de prisa?

ANTOL. ¡A despedirme de los libros y a hacer balance de la vida! *(El señor Antolín entra en el despacho. El señor Bautista le mira marcharse, encogiéndose de hombros, como quien dice: "Es un infeliz".)*

ESCENA III

El *señor Bautista, Mariana* y *Catalina.*

MARIA. ¿Qué os pasaba, padrino?
SR. BA. Nada. El señor Antolín, que ha heredado quince mil duros.
MARIA. ¿De veras? ¿De quién? ¡Qué alegría!
CATALI. Ese sí que se los merece.
MARIA. *(Gritando.)* ¡Señor Antolín, señor Antolín!
SR. BA. No le llames, que no está contento.
MARIA. ¿No se alegra de haber heredado?
SR. BA. De eso todo el mundo se alegra, sea quien sea el que se muera. No está contento, porque yo, en vista de que ya tiene para vivir, le quito de tenedor de libros.
MARIA. ¿Le echa usted?
CATALI. ¡Pobre hombre!
SR. BA. Tiene con qué vivir.
MARÍA. ¿Y se marchará de con nosotros?
SR. BA. ¡No le íbamos a poner en almíbar en casa! ¿O es que vamos a guardar viejos en conserva?
MARIA. No le eche usted, padrino.
SR. BA. Si no le echo; le retiro.
MARIA. Es lo mismo. *(Acariciándole.)* No le eche usted. Se lo pido yo. Su niña mimada. *(El señor Bautista sonríe.)* Su hija.
SR. BA. *(Cambiando de expresión y apartándola.)* No puede ser.
MARIA. ¡Tantos años como lleva aquí! ¿Es que le ha hecho a usted nunca nada malo? *(Cogiéndole la cara.)* ¡Y usted le va a dar a él un disgusto tan grande! No le despida usted. No quiero.
SR. BA. *(Riendo.)* Mira que eres tentadora.
MARIA. ¿Es que ya no me quiere usted?
SR. BA. Me parece que buenas pruebas te doy.
MARIA. Pues deme usted ésta. No le despida usted y le doy un beso. *(Se lo da.)*
SR. BA. Bueno, lo arreglaremos.
MARIA. Sí, sí.
CATALI. Sí, hombre; no te cuesta nada.

SR. BA. *(Cambiando de tono.)* ¿Qué dices tú, que no me cuesta nada?

CATALI. Que no importa, con tal de que se quede.

SR. BA. *(Muy seco.)* ¿Y qué sabes tú si me importa a mí?

CATALI. *(Asustada.)* Perdona... me lo figuro.

SR. BA. Tú no tienes que figurarte nada.

MARIA. Pero... padrino.

SR. BA. ¡Que nada!, digo. Las mujeres no tienen que meterse en los negocios.

CATALI. Pero si yo...

SR. BA. Ahora le echaré con más motivo...

CATALI. ¡Bautista!

SR. BA. Ya lo he dicho. Ya sabes qué lugar ocupas en mi casa, y si no te conviene, ahí tienes la puerta. *(A Mariana.)* No lo digo por ti; lo digo... ¡El hombre se debía casar a los sesenta años, para no tener tiempo de arrepentirse!

CATALI. Pero ¿qué te he dicho yo?

SR. BA. Nada. ¡En oyéndote hablar, me desatino! Ya me he alterado... y no me conviene. Traedme una taza de tila. *(Dirige una mirada de odio a Catalina y entra en el despacho.)*

ESCENA IV

Mariana, Catalina y, luego, *Rafael.*

MARIA. Pero ¿qué tiene el padrino?

CATALI. ¡Ay, yo no sé qué tiene contra mí! Siempre me había tratado como si no fuese nadie, cualquier cosa, un estorbo; pero ahora, hace un poco de tiempo, apenas me ve, me maltrata, me insulta. ¡Sólo con la mirada me mataría si pudiese!

MARIA. ¡Madre!

CATALI. ¡No me puede ver, hija mía! Antes, al menos, me tenía como a un perro; pero ahora me quiere mal; ¡te digo que me quiere mal!

MARIA. ¡Eso es que usted se lo figura!

CATALI. No me lo figuro, que lo sé de cierto. Y yo ¿qué

le he hecho? ¡Pobre de mí! ¿No he sido siempre una criada para él? ¿No me he dejado pisotear siempre? ¿Qué le he hecho yo para que me maltrate? *(Llora.)*

MARIA. Madre, no llore usted. Yo le diré que hace muy mal. Ya sabe usted que el padrino me quiere.

CATALI. A ti, sí. ¡Y suerte he tenido con que vengas a esta casa; pero a mí, no! Yo creo que si pudiese, me echaría. ¡Pobre de mí!

RAFA. *(Alegremente.)* Buenas tardes a todos. ¿Qué les ocurre a ustedes? ¿Qué pasa?

CATALI. ¡Tu tío, tu tío que me ha insultado!

RAFA. Pero ¿por qué?

CATALI. ¡Que no me puede sufrir; que me odia! *(Entrando a las habitaciones.)* No le quiero volver a ver. ¡No me verá más! ¡No le quiero ver más!

RAFA. Pero... oiga... ¿dónde va usted?

CATALI. ¡A traerle la taza de tila!

ESCENA V

Rafael y *Mariana.*

RAFA. Pero ¿qué ha sido esto? ¡No se puede venir a esta casa sin ver llorar a alguien! Esto va a parecer una academia de llanto.

MARIA. Ha sido que el padrino no puede ver a madre. La tiene aborrecimiento.

RAFA. ¿Y eso le extraña ahora? Hace veinte años que le está haciendo comer pan duro, porque dice que alimenta más, y beber agua, porque dice que refresca y engorda, y que la hace acostarse a medio cenar, porque dice que el comer de noche hace daño... ¿y todavía no se había enterado?

MARIA. No te rías; ¡pobre mujer!

RAFA. Si es la verdad. Si no sé cómo hay mujer que pueda vivir de mendrugos, como él la hace vivir a ella.

MARIA. El come lo mismo.

RAFA. ¡Ya! pero él come de postre billetes de Banco.

MARIA. No es eso, Rafael. ¡Es que desde hace un poco de tiempo la tiene odio!

RAFA. ¿Y a ti no?

MARIA. A mí, al revés. Todo lo que le digo le hace gracia; todo lo que hago lo encuentra bien; y si le digo que me compre... lo que sea...

RAFA. ¿Le entran sudores?

MARIA. Le entran sudores; pero acaba por comprármelo.

RAFA. ¿No le has dado a beber ningún filtro?

MARIA. *(Riendo.)* ¡Qué tonto eres! ¿Qué filtro le iba a dar?

RAFA. Filtro de juventud.

MARIA. ¡Ja, ja, ja!

RAFA. No te rías. Filtro de juventud. ¡Cuando se tiene una muchacha joven al lado se bebe más a gusto!

MARIA. ¡Vamos, no seas tonto!

RAFA. Es que ha cambiado de líneas. Tenía tres arrugas en la frente y ya no las tiene; tenía el labio de abajo delgado y ahora le tiene gordo y carnoso, y tenía los ojos chiquitos y alargados, y ahora los tiene redondos y abotagados. ¿Qué significa este cambio de líneas?

MARIA. ¡Yo qué sé!

RAFA. Pero vamos a ver. ¿A ti qué te parece?

MARIA. A mí sólo me parece una cosa. Me parece que es mi padre.

RAFA. ¿Desde cuándo?

MARIA. Desde el día en que me escogió.

RAFA. ¡Ah, dispensa! Creí que los hijos no se escogían. Entonces, ¿por qué no le llamas padre?

MARIA. No sé... porque no me atrevo.

RAFA. ¡Ja, ja! Porque sin saber de dibujo, también has notado el cambio de líneas.

MARIA. No te entiendo.

RAFA. Mejor para ti. Ojalá no llegues a entenderme nunca.

MARIA. Lo que sé es que se porta bien conmigo; que

a su modo, me quiere, y que estoy muy contenta en esta casa.

RAFA. Ya lo sé... y también sé que tienes quien se quiere casar contigo.

MARIA. ¿Lo dices por Bautista?

RAFA. ¿Y por quién lo voy a decir? Es el único que puede casarse en este templo económico. Es un chico muy trabajador, ya lo creo. ¡Y que ahorra! ¡Y que sabe ganarse la vida con buenos modos! ¡Y que tiene unos padres... que esos no son padres, son una pareja de amorcillos!

MARIA. Pues ahora se portan muy bien conmigo.

RAFA. ¡Ja, ja! ¡Es que también te deben estar escogiendo! ¡Y tanto como te habrán escogido! ¡Como te escogería yo! El día en que vengas a mi estudio, haré que publiquen los periódicos una gacetilla: "Ayer visitó el estudio del joven y ya notable artista, la sociedad más distinguida."

MARIA. Otra mejor que yo podrían encontrar.

RAFA. Y ¿quién mejor que tú ha de encontrar esa pareja de pavos para el hijo que les ha salido? ¿No ves que eso no es una familia, que es una trinidad numérica, una regla de tres, tres fracciones decimales de cero?

MARIA. ¡Rafael!

RAFA. ¡Ja, ja! ¡Vaya un regalo de niño! ¡Torneadito, lustroso, derechito como balaustre de escritorio! ¡Un niño de papel secante! Si fuese mío, ¿sabes lo que haría? Le vestiría de hierro, con unas letras de níquel, que dijese lo que es: "Caja".

MARIA. Mira que te puede oír.

RAFA. Mejor. Así sabrá mi parecer. Me subleva los sentimientos estéticos que una muchacha como tú... que eres guapa, que eres buena como el pan, ¡pero del día!, que eres... no quiero hacerte una declaración, que eres lo que eres, pueda llegar a tener un marido que ni es un

hombre, ni lo parece. Un pisapapeles. ¿Qué un pisapapeles? ¡Un pisapagarés de infelices!

MARIA. Rafael, te suplico que no te burles.

RAFA. Vamos... que ya sé que te gusta...

MARIA. No te he dicho nunca que me guste.

RAFA. Pues, peor. Porque te casarás por cumplir; ¡y eso sí que no tendría dibujo posible!

MARIA. Te equivocas; sería una prueba de obediencia, de agradecimiento, hasta de respeto, a los que me han hecho mujer, sacándome... de donde me sacaron.

RAFA. ¡Si conmigo no te valen retóricas! Te sacaron de donde dices, para llevarte a un sitio peor. ¡Allí, al menos, tenías madres, y casada con ese angelito, tendrías suegros!

MARIA. ¡Rafael, tú no te acuerdas de que no tengo padres!

RAFA. ¡Peor está él, que tiene los que tiene! Tampoco yo tengo padres.

MARIA. Pero tú los has tenido, y tú...

RAFA. Y yo no soy un buen partido... ¿verdad? Ya lo sé. Yo no soy un hombre clasificado en la vida. ¡Muy bien dicho! No tengo casilla social, ni nada; ¡no tengo nada! La gente de orden no saben en qué casilla meterme: "Es dibujante", "es artista"..., y es que no se atreven a decir: "Es gandul". Y muchas veces, los que lo dicen, lo dicen en una mecedora, tomando el fresco, mientras otro trabaja por ellos.

MARIA. ¡Rafael, ya sabes que yo no he dicho eso nunca!

RAFA. Ya lo sé. Si te figuras que lo digo por ti, me haría un nudo en la lengua; por supuesto, un poco corredizo para poderle desatar a tiempo.

MARIA. Quería decir que me parece que tú no querrás nunca a nadie.

RAFA. Y haré muy bien, porque el día en que yo me pusiese a querer, ¡pobre de mí!, querría demasiado. Hay muchos que piensan: Tengo tanto al mes, pues ya puedo querer a tanto al mes. Desde los veinticinco hasta los treinta, amor de cincuenta duros; de los treinta a los treinta y

cinco, de ochenta, y el día en que se mueran los padres, amor triunfal de herencia. Yo necesito muchas más cosas para hacer feliz a una mujer que fuese sólo mía.

MARIA. Vamos a ver, ¿qué necesitas?

RAFA. Vé contando. Necesito..., ya hemos quedado en que necesito dinero; y le tendré, porque me lo merezco. Necesito estar bien seguro de que quiero de veras, porque con una vez me parece que tendré bastante; quiero decir que querré de una vez para siempre. Necesito tener talento, para cuando ella pase por la calle sepan la mujer de quien es, y no la tomen por otra, y... más tarde necesitaré, ¡atención, que aquí viene lo bueno!, necesitaré un angelote, de esos gordos, risueños, de color de niño; de esos que sólo con la cara dan gozo, de esos que mírelos por donde los mires, son sacos de alegría...

MARIA. ¡Eso es demasiado hermoso para que pueda ser verdad!

RAFA. Y después, chifladuras. Una buena cosecha de chifladuras.

MARIA. ¿Qué dices?

RAFA. No digo ideales, en primer lugar, porque es cursi, y después porque un maestro de la Academia lo decía: ¡Cuantas más chifladuras y más gordas, más de prisa se pasa la vida!, y "¡Coronela andando!" y "¡arre!" y "¡huesque!" y "¡arriba!". La cuestión es llegar a lo alto; pero no cortando el cupón de los años, como haría ese mozo que tú sabes, sino sorbiéndoles el aroma. Créeme a mí. ¡Sé cursi! ¡Ten tu buen manojito de ideales, que todo lo demás... es carga!

MARIA. ¡Y poder!

RAFA. Ideales todo el mundo puede tenerlos. ¡No ves que no los quieren en la casa de empeños!

MARIA. Todo lo echas a broma.

RAFA. No; todo no. Hay dos cosas de las que nunca me burlo: ¡El Amor!, con letra mayúscula, y ¡la Belleza!, con mayúscula y media. ¡Todo lo

demás de este mundo se hace por fuerza o por farsa!

MARIA. ¿Lo ves?

RAFA. ¡Qué! ¿No te gusta que esté alegre?

MARIA. Sí y no. Te querría como eres; pero diferente.

RAFA. Pues me marcho.

MARIA. ¿Te has enfadado?

RAFA. Me marcho a trabajar, a hacer fortuna, ¡a hacerme un hombre! Dispénsame, pero esto ha sido como un ¡ay! Como un repente de volverme más laborioso. También quiero ser hijo de María.

MARIA. ¿No vas a volver hoy?

RAFA. Volveré. Dejaré hasta de trabajar por volver, ¡y hasta vendré a comer a regañadientes! Antes no venía ni a tiros, por no comer pan del día antes, y ahora vendría el día de antes para comer pan del día después.

MARIA. ¿Y cómo es eso?

RAFA. ¡Ja, ja, ja! ¡Misterio! ¡Es que ya me debo ir acostumbrando a los alimentos de familia! *(Va a salir.)*

ESCENA VI

Dichos y *Bautista.*

BAUTI. ¿Ya te vas?

RAFA. ¿Es que lo sientes? No te dé pena, hombre, que ya volveré.

BAUTI. Tanto me da que te vayas como que te quedes.

RAFA. Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

BAUTI. Por nada; por hablar.

RAFA. Ya se conoce que el hablar no te cuesta dinero.

BAUTI. ¿Tienes gana de cuestión?

RAFA. No, hombre, no. ¿No sabes que me gusta la broma?

BAUTI. Demasiado.

RAFA. ¡Hijo mío! No todos podemos ser serios como tú. Tú estás inoculado de suficiencia.

BAUTI. Y tú, ¿de qué?
RAFA. Yo, de pobre..., pero honrado. *(Se va.)*

ESCENA VII

Mariana y *Bautista.*

BAUTI. No hago caso de él, porque veo que todo son celos.
MARIA. ¿De quién?
BAUTI. De ti. ¿Sabe ya que estamos en relaciones?...
MARIA. ¿Conmigo?
BAUTI. Me parece que me has dado palabra.
MARIA. ¡Nunca!
BAUTI. Me has dado esperanzas...
MARIA. Esperanzas no es lo mismo.
BAUTI. ¿Qué? ¿Te pesa habérmelas dado?
MARIA. En este momento no estoy para nada.
BAUTI. ¿Tiene él la culpa?
MARIA. Déjalo correr.
BAUTI. Ya está dejado; pero recuerda lo que me has prometido.
MARIA. Te he prometido que pensaría. Todavía no he perdido el pensamiento.
BAUTI. Pero podrías perderle, y ya sabes que te quiero.

ESCENA VIII

Dichos, Farnell y *doña Julia.*

JULIA. Buenos días. ¿Qué tal, Marianita? ¿Cómo vamos?
FARNE. ¿Qué hay, buena moza?
JULIA. Así me gusta, encontraros juntitos; la gente joven ha de estar bien avenida.
BAUTI. No está de buen humor.
JULIA. ¿Qué tienes?
MARIA. Nada. Vuelvo en seguida...
JULIA. Pero, ven aquí. ¿No sabes que todos te queremos?
MARIA. Dispensen ustedes. En seguida vuelvo. Me han llamado.

JULIA. ¿Quién, hija mía?
MARIA. Mi madre. *(Se va.)*
JULIA. ¿Qué os ha pasado? ¿Qué quiere decir esto?
BAUTI. Por mí, nada; pero se acaba de marchar Rafael, y siempre que viene, ya se sabe...
JULIA. ¡Otra vez ese simple!
BAUTI. ¡Claro! Como es artista, y todo le cae bien, trastorna la cabeza a Mariana, y luego yo...
FARNE. ¡Pero si ese infeliz no se puede casar!
BAUTI. Pero puede estorbar que los demás se casen.
JULIA. Justamente por eso hemos venido; porque tu padre y yo hemos decidido que lo mejor es ir al grano. Habla con el tío Bautista, ¡y se acabó!
FARNE. ¿Y si no la quiere dar dote?
JULIA. ¡Qué más quiere él! Si fuese hija suya puede que no quisiera dársele, sabiendo nuestra situación, ¡y que esta vez sería fraudulenta! Pero no siéndolo, lo que estará deseando es quitársela de delante, cueste lo que cueste.
FARNE. Mira que la tiene que querer mucho para darla veinte mil duros.
JULIA. Veinte mil ahora, y luego lo que venga, el día en que Dios se le lleve.
BAUTI. No crean ustedes que es para mí un sacrificio casarme con Mariana.
FARNE. Sí que lo es. Ya sé yo que lo es. ¿Tú crees que si no fuera por lo que es, te hablaríamos de una muchacha, que es buena, que es guapa, que es afable, pero que todos sabemos lo que es? Si nosotros fuésemos ricos, ¡qué te habíamos de dejar casar con ella! ¡Si hicieses un desatino semejante, a los dos os echaríamos de casa!
JULIA. ¡Y más que a paso!
BAUTI. Sea como sea, quiero que conste que me casaré con ella porque me gusta.
JULIA. Y la quieres y todo, ¿no es eso?
BAUTI. La querré.
JULIA. Y todos te ayudaremos cuando te haga falta; pero ahora no pierdas el tiempo; habla al tío, y resolvamos de una vez. Ya que tenemos que

ser felices, cuanto más pronto lo seas tú, más pronto lo seremos nosotros.

ESCENA IX

Dichos y el *señor Bautista.*

SR. BA. *(Malhumorado.)* ¿Vosotros aquí?
JULIA. Sí; veníamos a ver a tu mujer...
SR. BA. A mi mujer. *(Muy seco.)* ¿Y para qué?
FARNE. Por nada; porque hace tiempo que no la hemos visto.
SR. BA. ¡Qué suerte!
JULIA. Y tú, ¿cómo estás?
SR. BA. ¡Mal! Ahí dentro anda.
JULIA. Qué, ¿no te encuentras bien?
SR. BA. Me encuentro bien; pero de mala manera. ¿No dices que queréis ver a mi mujer? Pues ya os lo he dicho. ¡Ahí dentro está mi mujer! *(El señor Farnell y doña Julia entran en las habitaciones.)* ¡Mujeres! ¡No sé por qué ha de haber mujeres! Las mujeres no son más que un estorbo, ¡y cásate con ellas!, ¡y mantenlas!, ¡y consérvalas, quieras que no quieras! ¡Si un negocio no te resulta, le dejas; si la ropa se te hace vieja, la tiras; y si la mujer se te hace vieja, te tienes que aguantar con ella, y mantenerla, y por saldo que se te haya vuelto, tienes que roer el hueso!
BAUTI. Hay de todo, tío; ahí tiene usted a Mariana.
SR. BA. Esa es una excepción. Se ha perdido el molde.
BAUTI. Pues de ella le quería yo hablar a usted.
SR. BA. ¿También tú la quieres mal?
BAUTI. Al contrario. La quiero tan bien y tanto, que voy a pedirle a usted una cosa, que acaso en un principio le sorprenda; pero como es usted hombre razonable, y me aprecia, y la aprecia a ella, creo que pronto se hará usted cargo, y...
SR. BA. Al grano, ¿qué quieres de mí y de ella?
BAUTI. Casarme.
SR. BA. ¿Qué has dicho?

BAUTI. Digo, casarme, y me figuro que usted no lo llevará a mal.

SR. BA. Pues te equivocas; porque, no sólo lo llevaré a mal, sino que no consentiré que se case.

BAUTI. ¿Qué dice usted? ¿Aunque ella me quiera?

SR. BA. Ella no te querrá.

BAUTI. Pero, ¿por qué?

SR. BA. Porque no. Porque yo no quiero.

BAUTI. Pero, usted, ¿qué motivos tiene?

SR. BA. Que en mi casa no manda nadie más que yo, ¡y basta!

BAUTI. Pero, al menos, podría usted decirme...

SR. BA. Ya he dicho todo lo que tengo que decir... Que no quiero, que no quiero que se case, que no quiero que se mueva de aquí; ¿lo entiendes? ¿Quieres que te lo diga más claro? ¿Te figuras que me la he traído a casa para educarla, para vestirla, para ponerla como un ramo de flores, y para que venga un cualquiera, tú, y la pida y se la lleve?

BAUTI. Pero, tío, yo no soy un cualquiera.

SR. BA. ¡Como si lo fueses! ¡Digo que no quiero, y se acabó!

BAUTI. Pero un día u otro la tiene que casar. ¡Piense usted que usted es como su padre!

SR. BA. Lo soy o no lo soy; eso es cosa mía..., y la casaré... cuando llegue su hora..., con quien la tenga que casar. Yo la fuí a buscar. ¡Pues mia es!

BAUTI. No creo que yo sea un mal partido para ella.

SR. BA. ¿Tú? ¿Y quién eres tú para casarte? ¿Qué tienes? ¿Cuánto vales? ¿Con qué cuentas para hacerla feliz?

BAUTI. Usted lo sabe lo mismo que yo. Tengo mi sueldo... Tengo lo de mis padres..., lo que usted dé a Mariana...

SR. BA. ¿Y quién te ha dicho que le voy a dar nada?

BAUTI. Usted lo había indicado.

SR. BA. Tú lo has debido soñar. Enséñame dónde lo he firmado.

BAUTI. ¿Y la palabra?

SR. BA. Si hasta se puede raspar una firma, ¡figúrate si podrá perderse una palabra!... Ya veo que te hace mal efecto.

BAUTI. Ni malo ni bueno. Ya estoy acostumbrado a todo, pero conste que no dotar a Mariana es abandonarla.

SR. BA. ¡Inocente! Porque no la quiero abandonar no la doto. ¡Ja, ja! No quiero darle a ella lo que ha de ser de... mis sobrinos. ¿No dicen que hay hombres generosos? Pues a ver quién se la lleva de balde. Me parece que no te conviene, ¿verdad?

BAUTI. Lo que hace usted con ella es una infamia.

SR. BA. ¿Con ella o contigo?

BAUTI. Es lo mismo. *(Se entra con malos modos al despacho.)*

SR. BA. ¡No va poca diferencia! *(El señor Bautista le mira salir sonriendo. Después abre la caja y mira los billetes, extasiado.)*

ESCENA X

Señor Bautista, Catalina y *Mariana.*

CATALI. Bautista: aquí tienes la tila.

SR. BA. *(Cerrando la caja de golpe.)* No la quiero.

CATALI. ¿Pero no me la habías pedido?

SR. BA. ¡No la quiero, te digo! Ya sabes que tengo dada orden de que, cuando me veas en la caja, te vayas. ¡Antes es la caja que tú!

MARIA. *(Tomando la taza a Catalina.)* ¿Quiere usted que se la deje aquí encima, padrino?

SR. BA. Sí, Mariana; tú, sí.

CATALI. *(Marchándose.)* ¡Que Dios me dé paciencia! *(El señor Bautista se acerca a Mariana.)*

MARIA. Padrino, ¿qué le pasa a usted? ¿Qué tiene con la pobre madre? ¿Por qué la trata usted de ese modo?

SR. BA. No hablemos de ella.

MARIA. Es que yo quisiera verlos bien avenidos, ¿me oye usted? Quiero que se quieran ustedes como

deben quererse. Es la única pena que tengo: ver cómo usted la trata.

SR. BA. Bueno, bueno; déjalo.

MARIA. No: ¡porque tengo hambre de cariño en derredor mío! Cuente usted los años que pasé entre aquellas paredes tan frías, sin que nadie me diese ese calorcito de bondad que da el ver a personas que se quieren. ¡Yo necesito, créamelo usted, ver a alguien que se abraza!

SR. BA. *(Cerrando la puerta de las habitaciones.)* Qué, ¿no te quiero yo?

MARIA. Sí; pero no me ha entendido usted.

SR. BA. Demasiado..., pero de ella no me hables. Te lo mando.

MARIA. ¡Usted perdone!

SR. BA. ¡No la puedo ver!... No puedo remediarlo. ¡Me estorba! ¡Quisiera echarla de casa!

MARIA. ¿Qué dice usted?

SR. BA. Sí; quisiera echarla de casa, ¡y como no sé cómo echarla, cuanto más buena es, más me desespera!

MARIA. ¡Jesús, Dios mío!

SR. BA. ¡Te quiero a ti!... ¡Yo!

MARIA. ¡Pero si puede usted querernos a las dos!

SR. BA. No; no puede ser. Te quiero a ti sola, ¿oyes?, a ti sola.

MARIA. ¡Padrino, si yo supiera que mi cariño le ha de hacer perder el que es tan suyo, ya sabe usted que le estoy agradecida, pero me volvería adonde antes estaba!

SR. BA. *(Asustado.)* ¡No! ¡No harás eso! Sólo lo dices por decir, ¿verdad?

MARIA. No lo haré porque me da pena. ¿Usted quiere que yo tenga pena por su culpa?

SR. BA. *(Acercándose.)* ¿No sabes que no? ¡Tonta! Toma, ¿quieres dinero?

MARIA. Quiero tranquilidad.

SR. BA. Dicen que soy avaro..., pero no lo soy. ¿Verdad que no lo soy? ¿Has abierto alguna vez la boca para pedirme algo que no haya abier-

to el portamonedas? ¿No ves que estoy ciego por ti?

MARIA. Y yo también le quiero a usted.

SR. BA. Pero de otro modo. ¡Yo me perdería por ti, y tú no te perderías por mí!

MARIA. Pero ¿para qué nos hemos de perder? *(Mimosa.)* ¡Lo que yo quiero, padrino mío, es que usted cambie! Y cambiará, ¿verdad?, ¿verdad? ¿Verdad que de aquí en adelante será usted bueno con madre, y no la reñirá usted más?

SR. BA. Lo que quieras...; por ti..., hasta de eso soy capaz.

MARIA. No por mí; por ella..., por las dos. ¿Verdad, padrino?

SR. BA. Por las dos; pero por ti. Oyeme, óyeme, Mariana. Yo no había querido a nadie nunca, como te lo digo, a nadie; sólo pensaba en hacer dinero, en hacer dinero, en enriquecerme. "Cuando seas rico—me decía a mí mismo—podrás querer a la que escojas. Todas te querrán, todo será tuyo; podrás ir al mercado del mundo, donde se venda el cariño, y coger la que te plazca." Ahora soy muy rico; soy mucho más rico de lo que todo el mundo se figura; pero la juventud se me pasa, y soy avaro de tiempo, porque me digo a mí mismo: "Si no te apresuras, ya será tarde, y de nada te valdrá ser rico", y cuando pienso que es mi mujer la que no me deja escoger, ¡daría el alma al diablo, y a ella la mataría!

MARIA. ¡Dios mío! ¡Me da usted miedo!

SR. BA. ¡Si a ti no tengo que darte miedo!

MARIA. ¿No le basta a usted mi cariño de hija?

SR. BA. ¡No; porque no lo eres!

MARIA. ¡Qué dice usted! ¿No es lo mismo que si lo fuese?

SR. BA. ¡Pero no lo eres!

MARIA. ¡Me aborrece usted!

SR. BA. Al contrario. ¡Si te quiero más que nunca! ¡Si te deseo más que nunca! ¡Si estos cuarenta

años de hacer dinero los daría todos, todos, por ti!

MARIA. *(Espantada.)* ¡Dios mío! ¿No tiene usted bastante con todo mi agradecimiento?

SR. BA. No; ese agradecimiento que tú dices le estiman los padres; ellos, sí... ¡Pero yo..., no soy tu padre!

MARIA. ¡Madre! ¡Madre!

SR. BA. ¡Calla te digo! ¡Ven aquí! *(Cogiéndola por la mano y obligándola a seguirle.)* ¡Ven y no tengas miedo! ¡Ven! *(Abre la caja.)*, y mira. *(Sacando paquetes.)* ¿Ves esto?, ¡es oro! ¡Míralo bien, que es oro! ¡Y todo será para ti cuando me muera, si me oyes y me sigues!

MARIA. Padrino: hace rato que estoy sospechando, y huyo de la sospecha como si me persiguiese una sierpe. ¡Aún está usted a tiempo! No acabe usted de decir lo que quiere decirme.

SR. BA. Mira, te digo. Eso que reluce son joyas, son vestidos, son coches, son teatros, son envidia de los que no lo tienen; son celos de las demás mujeres; ¡es la consideración del mundo! ¡Con ese resplandor podrás conseguir cuanto quieras!

MARIA. Podré conseguir cuanto quiera..., ¡y usted podrá conseguirme a mí!

SR. BA. ¡Te llevare fuera de casa! Nos iremos... Nos quedaremos..., lo que quieras..., todo lo que pidas. ¿Qué me dices? Contesta.

MARIA. ¡Que me da usted horror! ¡Que me da repugnancia! Y que, más que nada, me da tristeza. *(Llora.)* ¡Cómo podré yo estar aquí, después de tanta maldad!

SR. BA. Esas son preocupaciones.

MARIA. ¡Calle usted!

SR. BA. ¿No ves que has de ser mía?

MARIA. ¡Nunca!

SR. BA. ¡Tengo mucho poder para obligarte!

MARIA. Yo no tengo el poder que usted tiene; pero tengo una fuerza más grande.

SR. BA. ¿Cuál? ¡Infeliz!

MARIA. Tengo la virtud.

SR. BA. ¡Rayo del infierno! ¿Y con qué se compra la virtud?

MARIA. Con amor puro; no con ese de usted.

SR. BA. ¡Pero si yo no puedo tenerte otro! ¡Si estoy atado para tenerte otro! ¡Si haría un crimen por desatarme! Oyeme, Mariana, óyeme. *(Le va a coger la mano.)*

MARIA. ¡Apártese usted! ¡Apártese de mí, le digo! ¡Desde ahora, no tiene usted derecho a tocarme la mano! ¡Me da usted asco!

SR. BA. ¡Serás mía! ¡Lo serás! ¿De qué me habría servido despojar a tantos pobres miserables y exprimir tantas fortunas, si no te hubiese de conseguir? ¡Tirarte a los pies un montón de víctimas, para que tú las pisotees!

MARIA. ¡Qué horror!

SR. BA. ¡Eres esclava! ¡Eres mujer! Eres mía, y tendrás que ceder. No encontrarás quien te defienda.

MARIA. ¡Que no! ¡Bautista, Bautista!

SR. BA. ¿A quién llamas, desgraciada?

MARIA. ¡A quien me defienda! ¡A quien me libre!

SR. BA. ¡Ja, ja! Este sí que ni por virtud. ¿No ves que es mi discípulo?

ESCENA XI

Dichos, Bautista, doña Julia, señor Farnell y después *Rafael* y el *señor Antolín.*

BAUTI. ¿Quién me llama?

MARIA ¡Yo!

BAUTI. ¿Qué hay?

MARIA. Hay, que te llamo porque te había prometido una respuesta.

BAUTI. Es verdad.

MARIA. Dije que pensaría...; he pensado, y esa palabra que me pedías, te la doy... Nos casaremos cuando quieras.

BAUTI. ¿Sabes ya lo que ha dicho el tío?

MARIA. El... queriéndolo tú y queriéndolo yo...
BAUTI. Pues al tío... no le parece bien.
SR. BA. ¿A mí o a ti?
BAUTI. Usted me lo ha dicho hace un momento.
SR. BA. Yo te he dicho que no le daba dote.
BAUTI. Pero usted...
MARIA. ¡Basta! ¡Basta, por Dios! ¡Infames! ¡Todos! ¡Todos son ustedes unos infames!
BAUTI. ¿A qué viene eso?
MARIA. *(Llorando.)* ¡Matadme, Dios mío, matadme de una vez; que al menos eso será tenerme lástima!
BAUTI. ¿A qué viene ese llanto?
MARIA. ¿Qué voy a hacer sino llorar? ¿Qué puede hacer una infeliz como yo, si no tengo otra cosa más que lágrimas? ¡Me quiero morir!
SR. BA. ¡Vaya, basta!
MARIA. *(Llorando con desesperación.)* ¡Me quiero morir!
JULIA. *(Entrando.)* ¿Qué gritos son éstos?
FARNE. *(Entrando.)* ¿Qué pasa?
MARIA. ¡Una infamia! ¡Que su hijo de ustedes es un malvado! ¡Que el señor Bautista es un malvado, y todos, todos!
JULIA. ¿Qué te ha hecho mi hijo, perdida?
MARIA. ¿Qué me ha hecho? ¡Ni decirse puede lo que me ha hecho! ¡Es tan horrible lo que me ha hecho, que mancha los labios sólo el decirlo!
FARNE. Aquí la que mancha eres tú.
SR. BA. ¡Dejadla!
JULIA. ¡Todas! ¡Todas salen de mala índole!
MARIA. Sí; todas salimos de mala índole, porque nos tratan con mala índole. O nos tienen de lástima, o quieren corrompernos con oro.
JULIA. ¡Qué descaro!
MARÍA. ¡Con oro! Y yo no quiero oro. Quiero cariño. Quiero eso que no he encontrado nunca. ¡Lo que no me dejaron en el torno al tirarme como un andrajo!
JULIA. Porque tú no sabes querer.
MARIA. ¡Y a quién he de querer, si no puedo! ¡Si en

cuanto me acerco a abrazar a alguien me encuentro con un cuerpo muerto! ¡Si estrecho una mano, dedos que se me escurren! ¡Si voy a dar un beso, labios más fríos que de hielo! ¡Esto es peor que la Inclusa! Me voy.

SR. BA. ¿Dónde?

MARIA. ¡A mi casa! ¡A la Misericordia! ¡A no esperar nada! ¡A rezar! ¡A acurrucarnos unas juntos a otras, como los pájaros en la jaula!

SR. BA. No tienes derecho a marcharte.

MARIA. Allí siempre se tiene derecho a entrar. ¡Allí es como el cementerio de la vida! *(Al llegar a la puerta entra Rafael.)*

RAFA. ¿Qué es eso? ¿Dónde vas?

SR. BA. Quiere irse.

RAFA. ¿Tú, Mariana; tú quieres irte?

MARIA. ¡No... lo sé!

RAFA. ¿Y tendrás el valor de dejarnos?

MARIA. *(Mirando a Rafael y rompiendo a sollozar amargamente.)* No; no tengo valor. Me quedo. *(Yéndose poco a poco hacia su cuarto.)* Me quedo... Me quedo...

TELÓN

ACTO TERCERO

Una sala despacho, amueblada con lujo, pero de mal gusto. Al fondo, la puerta de entrada y una ventana; a un lado la de las habitaciones, y al otro la del escritorio. Un piano, dos candelabros con varias bujías sobre un tocador, y en el centro de un paño de pared, la caja.

ESCENA I

El *señor Bautista* y *Bautista.*

(El señor Bautista se pasea arriba y abajo; Bautista está delante de la puerta del escritorio.)

SR. BA. *(Dando órdenes.)* Convocar junta de accionistas.

BAUTI. Está bien.

SR. BA. Escribir un volante a la Sociedad de seguros sobre la paternidad, diciendo que hoy no podré presidir... Reconocer esos pagarés, y traerme el cambio de esta tarde.

BAUTI. ¿Nada más?

SR. BA. ¡Ah!... Cobrar de la viuda aquellos veinte duros del difunto.

BAUTI. ¿Me puedo marchar?

SR. BA. Oye, oye. Me parece que no se podrán quejar tus padres, después de lo que he hecho por ellos.

BAUTI. Están muy contentos.

SR. BA. Comprar los créditos al treinta por ciento... Me parece que no habría muchos capaces de hacerlo, y eso que me tienen por tacaño.

BAUTI. Ya sabe usted que no perderá nada.

SR. BA. Pero mientras tanto les he abierto crédito, y en vez de ir tu padre a la cárcel, como debía, ahora todo el mundo le pondrá buena cara, y si le hubiera dado por la política, hasta podría ser concejal o diputado, todo lo que quisiese; que el que pretende ser hombre público, con tal de que no tenga acreedores, puede ser todo lo público que quiera. La vida privada no entra en cuenta.

BAUTI. Tiene usted mucha razón.

SR. BA. A mí también me querían hacer senador. Senador por la Económica.

BAUTI. No puede haber otro más indicado.

SR. BA. Bueno. Los seguros, los accionistas y esos veinte duros de la viuda. *(Bautista entra en el despacho. El señor Bautista continúa paseándose.)*

ESCENA II

Señor Bautista y don Antolín.

ANTOL. ¿Se puede entrar?

SR. BA. ¿Es usted, don Antolín?

ANTOL. Yo mismo. Yo, que aún no me he muerto por descuido; pero no porque me falten méritos para morirme.

SR. BA. ¿Qué tiene usted? ¿Qué le ocurre? ¿Algún pago suspendido? ¿Alguna quiebra?

ANTOL. No se alarme usted, que no es nada de eso. ¿Me puedo sentar, señor Bautista?

SR. BA. Siéntese usted, que no cuesta dinero.

ANTOL. Pues... tengo lo que ya me temía. Tengo, que tengo demasiados años para estarme de más; que mi edad pide trabajo; que en todas partes donde voy a buscarle me dicen que no me le quieren dar por mi bien, y de tanto quererme bien me van a matar seguramente... si usted no se compadece de mí y me deja volver al trabajo.

SR. BA. ¿Otra vez salimos con ésas?

ANTOL. Espérese usted, que creo que le gustarán a usted las condiciones. He hecho todo lo que he podido por no hacer nada; pero soy tan tenedor de libros, que hasta cuando voy de paseo, para ejercitar la vagancia, el brazo se me va solo, y con la punta del bastón hago teneduría en la arena. Todo lo he probado inútilmente. Los bancos de los paseos están amarillos del rapé que he ido dejando caer en ellos al sentarme; de los claustros de la catedral ya me echan, ya parezco un santo apolillado de los de la casa, y en cuanto a ver cómo adelantan las obras públicas, las veo con tanta constancia como si estuviesen haciendo una casa mía. Enfrente de donde vivo están haciendo un puente, ¡y hasta me llevaba una silla! ¡En fin, que me aburro, que me consumo, y como no tengo nada que hacer en todo el día, pienso en la muerte, y aunque la deseo, ¡¡la temo!!

SR. BA. *(Que ha estado tapándose con tinta las rozaduras de la levita.)* Bueno, ¿qué quiere usted decir con eso?

ANTOL. Quiero decir que le pido a usted un favor. ¡Que me deje usted llevar los libros... de balde! Aun-

que sólo sea el Mayor; ¡ese Mayor!, ¡que yo le llevaré con tan buen deseo como si fuese mi hijo mayor, y trabajaré como antes, hasta que me caiga de vejez sobre las páginas del libro!

SR. BA. Cálmese usted, hombre, cálmese, y quédese usted. ¿Quién es capaz de negarle a usted nada, pidiéndolo en la forma que lo pide?

ANTOL. ¡Gracias, gracias!

SR. BA. Y, sobre todo, que no será gratis. Me acordaré de usted en el testamento.

ANTOL. Aunque se le olvide a usted, gracias.

SR. BA. Usted es hombre de confianza, y ya que se presenta usted tan noble, le confiaré a usted el libro inventario; ya ve usted, el libro inventario, que no se le he confiado nunca a nadie. *(En voz baja.)* Verá usted que la casa ha prosperado; ¡ha prosperado mucho más de lo que usted se figura! Yo quiero al dinero, ¿no es verdad? ¡Pues todavía me quiere él más a mí!

ANTOL. No hace más que corresponder.

SR. BA. Al principio, estuviese donde estuviese, le tenía que arrancar de las entrañas; pues ahora..., ¡ahora viene solo! Parece que el que ya tengo aquí le llama, y va viniendo, va viniendo al reclamo, y cuando ya está aquí, ¡ah, cuando ya está aquí, le juro a usted que no se me escapa! Pero, eso sí; yendo modestamente como voy, soy presidente de cien cajas, consejero de muchos ferrocarriles, ¡de todo, de todo lo que quiero! Me piden la firma, don Antolín. Si fuese yo mismo tal vez me pondrían mala cara; ¡pero si les envío la firma, la ponen en el escaparate comercial como quien enseña una reliquia!

ANTOL. Y diga usted, señor Bautista, ¿es usted feliz?

SR. BA. Todavía no; ¡pero lo seré!

ANTOL. ¿Aún quiere usted más?

SR. BA. Quiero..., quiero lo que no puedo tener; pero lo tendré un día u otro.

ANTOL. Si usted se queja, ¡ay, Señor!, ¿qué debería hacer yo, pobre tenedor de mí? ¡Viejo, con to-

dos los hijos desparramados por el mundo, también por el pícaro afán de hacer fortuna! ¡Pobre! ¡Viudo!

SR. BA. ¿Viudo y se queja usted? ¿Sabe usted lo que significa ser viudo?

ANTOL. Sí, señor.

SR. BA. Significa ser libre, don Antolín. ¡Significa no tener estorbos! ¡Esos estorbos que en la vida echan por tierra todos los planes!

ANTOL. ¿Los planes, dice usted?

SR. BA. Sí; ¡mi mujer vive todavía! No es que signifique nada en mi vida; pero ya sabe usted que me estorba... y yo... no soy capaz de hacerle daño; ¡pero quisiera!

ANTOL: ¡Jesús!

SR. BA. Quisiera... que ya que está enferma... Quisiera... no sé lo que querría... pero el caso es que me estorba; que no puedo obtener, mientras ella viva, lo que desearía conseguir; lo que quiero, cueste lo que cueste. ¡Ella! ¡Mariana!

ANTOL. ¿Aún, señor Bautista?

SR. BA. ¡La quiero! ¡No puede usted figurarse cómo la quiero! ¡La desea mi cuerpo!, ¡mi ambición!, ¡mi sangre!, ¡mis ojos, que se van detrás de ella!, ¡los labios, que se me acercan a los suyos!, ¡todo yo! ¡Toda la juventud que he ahorrado y se me enciende como una llama!

ANTOL. Pero usted está fuera de sí.

SR. BA. ¡La tendré! ¡Será mía! ¡Y no le valdrá la virtud!, ¡esa virtud que les predican en aquellas casas de miseria! ¡La tengo sitiada por soledad, por desprecio, por los parientes; hasta por hambre la sitiaré si es necesario, y viendo su pobreza y lo que podría tener... caerá, ¡vaya si caerá! ¡El oro sería una cosa inútil si no pudiera hacer este milagro, y el oro hace todos los milagros!

ANTOL. ¿Y le daría usted su fortuna?

SR. BA. ¡Toda! ¡Ahora toda!... Después... no lo puedo decir... ¡después... acaso volvería a qui-

társela! *(Se oye hablar en el pasillo.)* Y ahora... silencio.

ANTOL. No tema usted, señor Bautista. Iba a decirle a usted que soy como un sepulcro; pero es demasiado para mí: soy como un nicho. *(Don Antolín, viendo entrar gente, saluda y pasa al despacho.)*

ESCENA III

Señor Bautista, don Julián, Lola y Juan de la Peña.

JULIAN. ¡Hola, Bautista!

SR. BA. ¡Buenos días!

LOLA. Venimos a darle a usted una sorpresa... Una sorpresa que no le habíamos querido decir a usted antes, porque todavía no era cosa segura.

JULIAN. Porque todavía no era cosa oficial.

SR. BA. ¿Qué es ello?

LOLA. Que voy a casarme y vengo a presentarle a usted mi novio. ¡Ay, tío!, estoy muy contenta. ¡Juan, Juan! Le presento a usted a Juan de la Peña. Mi tío.

PEÑA. *(Que se había quedado en el fondo distraído.)* ¡Ja, ja! ¡Si es éste!

SR. BA. ¿Este joven... es el novio?

LOLA. Sí, señor. ¿Por qué me lo pregunta usted de ese modo?

SR. BA. Por nada; es que al verle creí que venía a cosas del negocio.

LOLA. ¡Ay, tío Bautista!, ¿le conoce usted?

SR. BA. Mucho.

PEÑA. Mucho.

LOLA. ¡Ay, qué suerte!

PEÑA. Suerte, ¿para quién

JULIAN. Suerte para todos. Porque no siendo un desconocido, le podrás guíar, proteger.

SR. BA. Ya le he... protegido muchas veces.

LOLA. *(Inocentemente.)* No puede ser.

PEÑA. Sí, niña; siempre ha tenido mucho interés por

mí... Un interés muy subido. ¿No es verdad, señor Bautista?

SR. BA. No creo que usted haya ido perdiendo nada en ello.

PEÑA. Yo no. Yo no puedo perder nunca. De aquellos tratos me han salido otros, y si no llega a ser... por los consejos de usted, no me caso.

LOLA. No los entiendo.

JULIAN. Nosotros no entendemos de cosas del comercio; pero ellos se comprenden con media palabra.

PEÑA. Ya lo creo que nos entendemos, ¡y hace tiempo!

SR. BA. ¿Y ahora ya no hace usted negocios... de aquéllos?

PEÑA. Ahora ya la he corrido. Ahora papá me ha hecho fabricante. Me ha dado una de sus fábricas y me ha dicho: "Toma, aquí la tienes, a trabajar."

SR. BA. ¿Y usted, trabajará?

PEÑA. ¡Yo, no; la fábrica!

SR. BA. ¿Pero usted tendrá que estar al frente?

PEÑA. ¡Ca, hombre! Que marche solita.

LOLA. ¡Qué gracioso es!

PEÑA. Yo a hacer vida de casado. El automóvil, el casino, el caballo, y distraerme todo lo que pueda. Me parece que me portaré bien.

LOLA. ¡Y yo también, si Dios quiere! ¡Hemos pensado poner una casa!, ¡qué casa! Un cuarto blanco, otro amarillo, otro morado...

SR. BA. Una bandera.

LOLA. El comedor "modern-styl", sillas, mesas, aparador, todo muy complicado. Luego, cuarto de baño, pila de matrimonio, y tendremos un criado a la puerta sólo para abrir y cerrar.

SR. BA. ¡Pobre casa!

LOLA. ¡Y los trajes! ¡Yo ya querría estar casada para ponerme los trajes que voy a tener!

SR. BA. ¿Y quién paga todo eso?

PEÑA. ¿Quién lo va a pagar? Nosotros.

SR. BA. ¡Callad, que me entran agonías sólo de oíros!

PEÑA. ¿Por qué? ¿Porque nos gastamos el dinero?

El que lo tiene está obligado a gastarlo. ¿No tengo razón, papá?

LOLA. ¡Huy, papá! ¡Le llama papá!

JULIAN. Según y conforme.

SR. BA. ¡No!

PEÑA. Ya sé que usted no es de ese parecer; pero es así.

SR. BA. ¡Que no, digo! Me pongo nervioso de oíros.

PEÑA. Pero, señor Bautista, ¿no ve usted que si usted no gasta su dinero se lo han de gastar otros después?

LOLA. ¡Qué gracioso es!

JULIAN. Alto, Juan; alto ahí. Según los herederos que encuentre.

PEÑA. Los que sean; todos son iguales. Si fuese yo, de seguro iban a llevar buen paso.

SR. BA. Lo tendré presente... sobrino.

PEÑA. Ya puede usted estar seguro. A mí todo el dinero que me dejen, si es para no poderlo gastar, que se lo devuelvan al difunto.

SR. BA. Pues sepa usted, joven, que el difunto, que bien podría ser yo, no piensa como usted.

PEÑA. Eso va en pareceres, señor Bautista.

JULIAN. Bueno; hablemos de otra cosa.

SR. BA. ¡Ya hemos hablado bastante! Y demasiado. Trabajar toda la vida para que después otros derrochen lo que es mío; ¡eso es!, que lo derrochen, que lo desparramen; eso es lo que me hace más daño. Si al menos lo tirasen de un golpe, ¡todo de una vez!, habría alguien que lo recogiese y montase con ello otra casa..., pero tirarlo de aquí para allá y repartirlo entre todos... ¡Vaya, marchaos, quitaos de mi vista, que hasta me causa horror pensarlo!

LOLA. Pero, tío...

SR. BA. *(Entrando al despacho.)* Si quieres ver a tu tía, está dentro, yo me voy, porque si no me va a dar algo. *(Se va.)*

ESCENA IV

Don Julián, Lola y Juan de la Peña.

PEÑA. ¡Ja, ja! ¡Qué hombre más raro! ¡Qué tipo!

JULIAN. ¡Lo que me habéis hecho padecer, criaturas! ¿No veis que es un egoísta, y que oyendo vuestras ideas nos echará a todos a la calle?

PEÑA. ¿Se figura usted que me he tirado una plancha? Si le conozco mejor que usted, porque le conozco por experiencia..., pero me gusta hacerle rabiar. ¡Ja, ja! Hoy modifica el testamento.

LOLA. ¡Qué salidas tienes!

JULIAN. Nosotros saldremos perdiendo.

PEÑA. No importa. Si todavía vivirá cincuenta años este tío. Con hombres de esta especie hace uno lo que quiere toda la vida, y cuando ve que se van a morir, pero en serio, se arrepiente uno en un cuarto de hora, y ya está. El firma el último testamento, y el último testamento es el que vale.

LOLA. ¡Sí que es verdad!

PEÑA. ¡Pues no ha de ser! Yo he nacido para hijo de familia. En eso de heredar tengo práctica. ¿No ve usted que es el único negocio que tengo?

LOLA. Además, papá, ¿a quién quieres que se lo deje? Al principio nos alarmamos con Mariana; pero ahora, ya lo ves, hasta la hace servir de criada.

PEÑA. ¿Quién es esa Mariana?

LOLA. ¡Tienes razón, que no te lo hemos dicho! No es nadie, la pobre; una infeliz del Hospicio, que mi tío adoptó porque sí; por dar gusto a su mujer.

PEÑA. Y ¿cómo la tengo que llamar yo: prima?

LOLA. ¡Qué cosas tienes! Yo no se lo he llamado nunca. ¡Dios me libre! Si fuese yo sola la que se lo llamase, aún; pero me lo llamaría ella a mí, y delante de gente, ¡qué vergüenza!

JULIAN. Ya lo sé; llámele usted prima... adoptiva.

PEÑA. Es demasiado largo.
LOLA. Pues trátala de tú... que para eso eres noble. *(Mariana sale con un plumero, vestida como una criada.)*
JULIAN. Mira, ahí la tienes.
PEÑA. No está mal.
LOLA. ¿La quieres conocer?
PEÑA. Sí, preséntamela.
LOLA. ¡Vamos! A una muchacha así se la conoce, no se la presenta.

ESCENA V

Dichos y *Mariana.*

LOLA. Mariana, oye; ven aquí.
MARIA. ¿Qué quiere usted?
LOLA. ¿Ves este joven? Es mi novio.
MARIA. Me alegro. Por muchos años.
JULIAN. No; muchos años de novio, no.
MARIA. Si es novio, supongo que será para casarse.
PEÑA. Muy bien dicho.
LOLA. ¡Si es muy lista Mariana! ¡Aquí donde la ves, sabe tocar el piano y dibujar, y sacudir los muebles, si hace falta! ¡No te figures que es poco instruída! ¡Si hubiese podido ir a buenos colegios, en vez de estar donde ha estado, hoy por hoy, bien vestida, se hubiera podido tratar con lo mejor!
MARIA. ¿Quiere usted decir que trato con lo peor?
LOLA. No, mujer; quiero decir con el gran mundo.
PEÑA. Yo la hubiera presentado a mis amigos.
LOLA. Y yo a todas mis amigas. Porque la quiero mucho. ¡Mucho la quiero!
MARIA. Mucho.
LOLA. Sí que es verdad. Aunque una no quiera, acaba por encariñarse con ella.
MARIA. Porque doy lástima, ¿verdad?
LOLA. No sé por qué.
JULIAN. Por filantropía y buen gusto.
LOLA. Si la hubieses visto vestida de señorita... parecía de buena familia.

MARIA. Bueno; ¡ya me han enseñado bastante! Si me quieren ustedes tener compasión, ténganmela, están ustedes en su derecho; pero al menos tengan ustedes también la delicadeza de no demostrármela.

LOLA. Vámonos, que no he visto nunca criatura más descastada; si no la trato con mimo es que la aborrezco, y si la trato con cariño se ofende. ¡No sé cómo hay que tratar a ciertas criaturas!

MARIA. No protegiéndolas con desprecio.

LOLA. Pero si yo...

JULIAN. Vamos, paz, y no te rebajes en discusiones de cierto género. *(Don Julián, Lola y Juan de la Peña entran en las habitaciones. Mariana continúa arreglando la sala.)*

ESCENA VI

Mariana, Bautista y, luego, *doña Julia* y el *señor Farnell.*

BAUTI. Mariana: dice el tío que si está la merienda.

MARIA. Pregúntalo.

BAUTI. Eso es cosa tuya.

MARIA. Eso es cosa de la criada. Pregúntaselo.

BAUTI. La criada eres tú.

MARIA. Lo parezco, pero no lo soy.

BAUTI. Es lo mismo.

MARIA. ¡Ya sabes tú que no, mal alma!

BAUTI. ¡Ah! ¡Ya se te domará ese orgullo!

MARIA. ¡Si eres tú el que me le has de domar!

BAUTI. Te le domaremos todos. ¿No ves que con tu genio te has hecho aborrecer de todo el mundo?

MARIA. ¡Aún te atreves a hablar, mal hombre!

BAUTI. El tío no te puede ver.

MARIA. El tío me puede ver demasiado.

BAUTI. ¡Ja, ja! Ya se conoce.

MARIA. Tú no le conoces, estúpido.

BAUTI. ¡Mira cómo hablas, Mariana!

MARIA. ¡Pues déjame en paz! ¡Dejadme todos! Si no

pido otra cosa. ¡Compadecedme, pero dejadme!

BAUTI. ¿Hasta Rafael, tu novio... ideal?

MARIA. Si se quisiera casar conmigo, al menos no haría lo que tú. ¡No querría comprarme como tú! ¡No me regatearía como un trasto!

BAUTI. Si quisiera, ¿dices? Dí que quiere. ¿Te figuras que estoy en Babia? ¿No comprendes que yo lo veo todo, y no quiero decirle nada al tío Bautista, porque también te quiero proteger... a mi manera? Haciendo la vista gorda, como ahora, te ayudo a ti a marcharte con viento fresco... y nosotros no vamos perdiendo gran cosa.

MARIA. ¡Qué infame eres!

BAUTI. ¡Ja, ja!

MARIA. Déjame, te digo. Déjame en paz, que yo no he nacido para tanta infamia.

JULIA. *(Entrando.)* ¿Ya estamos otra vez?

BAUTI. Como siempre.

FARNE. ¿Qué hay de nuevo ahora? ¿Qué pasa?

BAUTI. *(Entrando en el despacho.)* Ella se lo dirá a usted; que yo no me puedo entretener con sandeces.

ESCENA VII

Mariana, señor Farnell, doña Julia y, después, *Catalina.*

JULIA. Es decir, ¿que volvemos a las andadas? ¡Qué día, qué día más fatal, Señor, el día que entraste en esta casa!

FARNE. Yo ya lo preveía. Todo lo que ha pasado lo tenía previsto.

MARIA. Pero ¿me quieren ustedes dejar en paz? ¡Por el amor de Dios y de los santos!

JULIA. ¡Si tú eres la que has traído la guerra! Si esta casa, antes de venir tú, ¡ay, si Nuestro Señor, te hubiese detenido!, era una verdadera balsa de aceite. ¡Si todos íbamos a una! Ya ves si hubieras hecho mejor en no moverte de donde

estabas. Cuando te dejaron allí, ya supieron lo que se hacían.

MARIA. Si fueron a buscarme, ¿qué culpa tengo yo?, ¡infeliz de mí!

JULIA. Y si no te has vuelto a marchar, ¿qué culpa tenemos nosotros?

FARNE. Mira que te alteras, Julia.

JULIA. Ya te lo diré yo por qué no te marchaste aquel día; porque al ver que mi hijo se te escapaba de entre las manos, ya querías marcharte, ya; pero luego reflexionaste, y te dijiste a ti misma. "¿No queda el padrino Bautista?... pues el padrino Bautista... etc."

MARIA. ¡Jesús, Dios mío! Diga usted: ¿qué significa esta nueva infamia? Diga usted: ¿qué piensa usted de mí? Conteste usted: ¿qué se figura usted?

FARNE. Vaya, basta.

JULIA. No pienso, ni dejo de pensar; pero de sobra sé que tú te dijiste. "El tío Bautista es viejo..., la tía, como si no fuera nadie..., pues vayámosle dando esperanzas." Hasta vergüenza da el decirlo. ¿Sabes lo que estás haciendo?, ¿lo sabes? Estás entreteniendo a Bautista con buenas palabras. Así le quisieras de una vez, que acaso viendo lo que eras, acabaría por aborrecerte.

MARIA. ¡Madre! ¡Madre! Váyanse ustedes, váyanse, y no me tienten más. ¡Por lo que aún sean ustedes capaces de querer, se lo pido! ¡Se lo pediré de rodillas! ¡Déjenme sola! ¡No me maten!

JULIA. Sí; ¡dejémosla sola, pobrecita! Tú eres la que te tienes que marchar. ¡Usurpadora! ¡Inclusera!

MARIA. ¡Madre! ¡Madre!

CATALI. *(Saliendo.)* ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

MARIA. Madre, quiero hablar con usted. Diga usted a estas gentes que se vayan, que tengo que hablar con usted.

JULIA. Si queremos.

MARIA. ¡Si aún tienen ustedes religión, y temen conde-

narse, salgan ustedes! ¡Pido confesión con mi madre!

FARNE. *(A doña Julia.)* Vámonos, vámonos, te digo; no precipitemos las cosas. *(Doña Julia y Farnell entran a las habitaciones.)*

ESCENA VIII

Mariana, Catalina y, luego, *don Antolín.*

MARIA. Madre, dígame usted una cosa. Dígamelo de todo corazón. ¡Como si tuviera delante a Jesucristo! ¡Dígame usted si sospecha de mí, si tiene alguna duda de mí, si hay algo en mi vida que pueda inquietarla!

CATALI. ¡Sí!

MARIA. Sí, ¿dice usted?

CATALI. ¡Sí! Nunca me hubiera atrevido a decirlo. Hace veinte años que me callo, ¡y no hubiera hablado nunca!, pero me pides que conteste como si tuviese delante la imagen de Jesús, ¿y qué he de decirte más que la verdad? Dudo, no sé de qué; pero dudo.

MARIA. ¡Madre, madre mía!

CATALI. Me harás llorar; lloraré... pero dudaré.

MARIA. Pero ¿qué puede usted decir de mí? ¿Qué he hecho yo?

CATALI. ¡Bautista ya no es mío! Siento que se me va. ¡Que ya es lo mismo que si yo no existiese! ¡Que ya no soy nada para él! Al principio de estar casados, un día, hasta me pegó. ¡Lo que lloré!, ¡lo que lloré!, pero llorando y todo, pensaba: este hombre te quiere. Después me trataba como a un perro, ya lo sabes tú; pero cuando me había maltratado, me daba el pan, me acariciaba por lástima; ¡sabía que estaba detrás de la puerta... y ahora ni siquiera sabe dónde estoy! Luego me tuvo odio, me hubiera echado de casa... y ahora... ni eso. ¡Ni odio me tiene! ¡Nada!, ¡nada!... ¡Ya se ve que desea que me muera; pero ni eso me dice! Nunca me

dice nada. Me dejaría morir a cualquier hora, sin ni siquiera darme las gracias.

MARIA. ¿Y yo tengo la culpa, madre mía?

CATALI. Sí; porque de ti sí que se acuerda. Habla mal de ti... habla bien. Te compraría lo que quisieras... y te pegaría si se atreviese. ¡Yo le quiero, le quiero a mi Bautista! Tal como es ¡le quiero! Que me deje morir, ya que le estorbo, que ya me moriré como él desea!... ¡Me moriré lamiéndole la mano!

MARIA. ¿Y no hay modo de que usted me crea? ¡Míreme usted, y verá que soy inocente!

CATALI. ¡Ya no veo nada!

MARIA. ¿Ya no me quiere usted, madre?

CATALI. *(Don Antolín sale del despacho y va a buscar papeles a la mesa escritorio.)* Eso, sí; ¡también tú eres una desgraciada!

MARIA. ¡Dígame usted, dígame usted que no me cree culpable!

CATALI. *(Yendose a las habitaciones.)* Me has dicho que jure... no lo sé; ¡te quiero, seas como seas!

ESCENA IX

Mariana y *don Antolín.*

MARIA. ¡No quiero! ¡No quiero! Don Antolín, usted es el único; ¡interceda usted por mí! ¡Sálveme usted, sálveme usted!

ANTOL. ¡Pobre de mí! No me creerían. Yo no soy nadie para que me crean.

MARIA. ¡Usted tampoco! ¡Dios mío de mi alma! *(Cae llorando sobre el respaldo de un sillón.)*

ANTOL. Nadie me haría caso, hija mía. El hombre que no cobra no es nadie. Ya no me riñen. ¡Ya no soy un hombre; ya no soy más que un pobre hombre! Soy viejo, muy viejo, y tú eres joven. Lo único que te puedo dar es lo que no tengo: esperanza. Nada más que un rayito de esperanza. Vamos, no llores, que no te sienta bien el llorar. Yo nunca he llorado. *(Llorando.)* Los hombres no lloran.

BAUTI. *(Dentro.)* ¡Don Antolín!

ANTOL. Ya voy. ¡Que no ha de tener uno tiempo ni de conmoverse en estas casas de banca! *(Se va al despacho. Mariana queda llorando.)*

ESCENA X

Mariana y *Rafael.*

RAFA. ¿Otra vez? ¡Cuando digo que esto es un regadío de lágrimas!

MARIA. ¡Me matan, Rafael, me matan!

RAFA. ¿Qué ha sucedido, vamos a ver?

MARIA. *(Llorando.)* ¡Que no me dejan vivir! ¡Que me maltratan! ¡Que me insultan! Dudan de mí, y yo ya no puedo más. Figúrate, Rafael, que me tienen por una perdida; ¡por una... cualquiera!, que piensan de mí lo más malo, lo más bajo que puedas figurarte, y que hasta hablando me pinchan, como si hablasen con agujas. ¡Cuánto me alegro que hayas venido!

RAFA. Muy bien. ¿Has acabado ya? Pues me alegro de encontrarte así.

MARIA. ¿Dices que te alegras?

RAFA. Sí; porque así tomaremos una determinación.

MARIA. ¡Qué quieres decir!

RAFA. Lo que te he dicho tantas veces. ¡Casarnos, y santas Pascuas!

MARIA. ¡Ay, Rafael; el padrino no lo consentiría nunca!

RAFA. Pues sin que lo consienta.

MARIA. No me atreveré a decírselo.

RAFA. Pues sin decírselo.

MARIA. Pero lo sabrá.

RAFA. Pues diciéndoselo; ¡como sea! Tú quieres; yo también; pues para este paso de casarse no se necesita otra cosa: dos que se quieran, un cura que bendiga, ¡y yo bendeciré al cura por haberte hecho mía para siempre!

MARIA. ¡No podrá ser, Rafael; no podrá ser!

RAFA. Eso corre de mi cuenta. Yo digo las cosas en

broma, pero las hago en serio, y... no perdamos el tiempo en cosas prácticas, que eso es de personas de juicio, y no está bien casarse con juicio. *(Toma una postura como si le fuesen a retratar.)* ¡Mírame! ¡Mírame bien!

MARIA. Tengo mucha pena, Rafael.

RAFA. Mírame bien, te digo. ¿No te parece que he cambiado de aire?

MARIA. ¡Te encuentro como te he encontrado siempre!

RAFA. ¡Vaya! ¡Tú no entenderás nunca de dibujo! ¿No me notas cierto aire de capitalista, de hombre de seso, es decir, de dinero?

MARIA. *(Tristemente.)* ¡Rafael!

RAFA. ¡Pues sabe que de hoy en adelante soy otro! Tengo posición social, tengo contrato para vender todos los dibujos que haga; tengo periódicos que me los piden y que me los pagan; he cobrado una cosa que la llaman censo, y que yo no sabía que era mía, y tengo tantos billetes de Banco en el seno de la cartera—y hasta tengo cartera—, que si el tío me viese me creería hombre de mérito.

MARIA. ¿De veras?

RAFA. Y teniendo todo eso que tengo, y teniéndote a ti, y estando con tanta hambre de quererte, ¿quieres que me quede soltero?

MARIA. ¡Qué alegría!

RAFA. ¡Además, ya tengo cuarto... y amueblado!

MARIA. Me engañas.

RAFA. ¡Yo doy pocas sorpresas; pero buenas! El piso es alto; ¡aire arriba!, ¡aire arriba!, como el sueño de un poeta. Hay en él sala de contemplación y cuarto de cariño, y por todas partes lugar para querernos. Delante tendremos una azotea con flores, grande como esta mesa; ¡pero como las flores tienen poco sitio, se quieren más y son más hermosas! Detrás... sin pagar más alquiler por ello, ¡hay un nido de pájaros! ¡Hasta pájaros en libertad vamos a tener, que te están esperando para conocerte! Y

de frente hay un balcón, desde el cual sólo se ve salir el sol. ¡Nunca le veremos ponerse en nuestro cuarto! ¡Como en los antiguos dominios de España!

MARIA. ¡Qué hermoso debe ser!

RAFA. ¡Ah! Y ya he comprado muebles. ¡Muebles nuevos!... No como éstos, que están barnizados con lágrimas.

MARIA. ¡Ja, ja! ¿Qué has comprado?

RAFA. ¡De todo! Me parece que hasta de sobra. Cómoda, mesa, un piano, cascadillo, pero honrado; tocador, peinador para ti y despeinador para mí, y todo lo de cocina, de salón, de comedor, de sala y de alcoba. Cuando estaba en la tienda no había quien me detuviese. ¡Hasta quería comprar una cuna!

MARIA. ¡Qué loco eres!

RAFA. Ahora no falta más que una cosa.

MARIA. ¿Qué?

RAFA. Que extiendas la mano, ¡así!, solemne, y que me digas si me quieres.

MARIA. ¿Que si te quiero, me preguntas? ¿Por quién no me he marchado de aquí, bien lo sabes, sino por ti? ¡Por aquella mirada de aquel día que no me dejó marchar! ¿Por quién hubiera pasado lo que he pasado si no hubiese sido por ti? ¿Cómo hubiese sufrido tantas tristezas si tú no me hubieses traído la esperanza? Cuando estaba... en mi casa, nos contaban un cuento de niños: todo estaba negro, negro, por todas partes salían lobos y brujas; pero en lo hondo, hondo de la oscuridad, siempre se veía una lucecita. ¿Sabes de quién me viene a mí la luz?

RAFA. Y que no se apagará nunca, porque, ¿te acuerdas de aquellas tres dudas que una vez te dije que tenía?, pues ya se han acabado para siempre. Ahora sé de cierto tres cosas: que te puedo hacer feliz; que te querré toda mi vida, y que eres la única mujer, que yo sepa, que no tiene caricatura. Entre la expresión que tienes y la que yo te encuentro, hay para trastornar

la cabeza a un santo, y yo no lo soy; conque ¡figúrate si habrás hecho estragos!

MARIA. ¿Y me querrás a mí sola?

RAFA. ¿No sabes que no puedo querer a nadie más, y que aunque quisiese no podría? ¿No ves que me he acostumbrado a la luz de tus ojos y a oscuras no podría dibujar? Dentro de un globo te quiero tener; pero, eso sí, ¡rompiendo el cristal a todas horas para darte un beso en los labios!

MARIA. ¿Y si todo eso no pudiera ser, Rafael?

RAFA. ¿Cómo se entiende si no pudiera ser? ¡Será!

MARIA. ¡Qué va a pasar aquí, Virgen Santa!

RAFA. Figúratelo. Por buenas, nos casaremos en seguida, y por malas, a escape. Lo que yo sé es que estoy decidido a ser feliz, y todo lo demás son palabras.

MARIA. ¡Qué van a decir, Señor, qué van a decir!

RAFA. Palabras, vuelvo a repetirte. ¡No faltaría más sino que esos necios que no han sabido hacerte feliz estorbasen que yo lo consiguiese! ¡Que un señor que te ha servido de padre, porque no ha podido servirte de otra cosa, fuese ahora a servirme a mí de suegra! No me molestaré demasiado en darle explicaciones.

MARIA. ¿Y tendremos que huír, Rafael?

RAFA. ¡Claro!

MARIA. ¿Solos?

RAFA. Tengo quien te guarde, y el primero que te ha de guardar soy yo. ¿No tienes confianza en mí?

MARIA. Me da miedo lo que puede pasar.

RAFA. Escucha lo que voy a decirte: Si desde el cielo, mi madre, que está allí por buena, y la tuya, que también debe estar por triste y por desgraciada, ven cómo me porto contigo, la una sonreirá al vernos, y la otra llorará al mirarnos. ¡Me parece que me estás haciendo hablar en serio!

MARIA. ¡Soy toda tuya, y me entrego a ti como a un hermano!

RAFA. ¡Cómo a los hermanitos de esta casa!

MARIA. ¡Esos no son hermanos, son fieras!

RAFA. ¡Pues las cosas, pronto! ¡Venga papel y lápiz, y emprendamos la batalla! *(Va hacia la puerta del despacho.)* ¡Padrino, padrino! *(Sale el señor Bautista.)*

ESCENA XI

Dichos y el *señor Bautista.*

SR. BA. ¿Qué quieres? ¿Otra vez juntos? ¿Qué hacéis tanto tiempo juntos?

RAFA. Pelar la pava.

SR. BA. ¡Puede que sí!, no me extrañaría. ¡Hace mucho tiempo lo vengo sospechando!

RAFA. ¡Pero lo que acaso no sospecha usted es que, después de pelar la pava, nos queremos casar!

SR. BA. ¿Qué dices?

RAFA. Volveré a repetirlo. ¡Que nos queremos casar, y le pedimos a usted el consentimiento!

SR. BA. ¿Estás simple, o te haces el tonto, o qué estás diciendo?

RAFA. Le pedimos a usted el consentimiento por cumplir. Si nos le da usted, le daremos las gracias, y si no, también nos casaremos.

SR. BA. ¡Basta de broma, que no estoy de buen humor!

RAFA. Ya que no me cree usted a mí, pregúnteselo usted a Mariana.

MARIA. ¡Sí, padrino!

SR. BA. ¡Rayo del cielo! ¿Habláis en serio? ¡Tú!, ¡tú casarte con ella! ¡Bah!, se necesita ser imbécil sólo para pensarlo.

RAFA. No grite usted y hablemos. Dé usted el permiso por buenas, o si no nos le tomaremos por malas.

SR. BA. ¡Primero se hundiría el cielo! ¡Perdería todo lo que tengo, tiraría el oro por el balcón antes que dejaros casar!

RAFA. ¡Pues ya puede usted empezar a tirarle, porque nos vamos ahora mismo!

SR. BA. ¿Y con qué permiso?

RAFA. Con el nuestro.

SR. BA. ¡Pero si no te puedes casar! ¡Si eres pobre, pobre como una rata!

RAFA. Ella también. Estamos en paz.

SR. BA. ¡Márchate, quítate de mi vista! ¡Márchate, porque pierdo el tino! ¡Estúpido!

RAFA. Ya nos vamos. ¡Y no insulte usted, porque también yo sé insultar, y no me andaré con palabritas!

SR. BA. ¡Mariana, ven!

RAFA. ¡No! Hablemos en paz, y no me altere usted.

SR. BA. *(Adelantándose para cogerla.)* Adentro, te digo; te lo mando.

MARIA. *(Cogiéndose a Rafael.)* ¡Rafael!

RAFA. ¿No ve usted que le tiene miedo? ¿No ve usted que le da terror caer en sus garras? ¿No ve usted que por muy gavilán que usted sea, no le clavará usted las uñas, porque antes se encontrará con las mías? ¡Mire usted que yo no le pido dote; que no estoy esperando su muerte! ¡Que no le sitio como los demás! ¡Que le pido el consentimiento y nada más que el consentimiento, no por mí, por ella; para que ella esté contenta! ¡Désele usted, y désele usted pronto, porque estoy perdiendo tiempo de querer, y soy usurero de cariño!

SR. BA. Esperaos.

RAFA. ¿Qué quiere uster hacer?

SR. BA. ¡Llevármela! ¡Llevarmela lejos de aquí! ¡Emparedarla, si hace falta! ¡Encerrarla! ¡Encerrarla!

RAFA. ¿Y dónde la quiere usted encerrar, en la caja? ¿No ve usted que se ahogaría con el olor a billetes de Banco?

SR. BA. ¡Es mía, es mía! ¡Yo la fuí a buscar!

RAFA. ¡Pues ahora la vengo a buscar yo!

SR. BA. Soy su padre.

RAFA. Mentira.

SR. BA. Iré a la Misericordia.
RAFA. ¡Si la Misericordia no viene aquí!
SR. BA. ¡Procederé por justicia!
RAFA. ¡Usted qué sabe lo que es justicia!
SR. BA. Llamaré a los vecinos, a mis hermanos, a todo el mundo, y diré que eres un ladrón.
RAFA. ¿Un ladrón, dice usted?
SR. BA. ¡Sí; un ladrón!
RAFA. Pues yo le ayudaré a usted a llamarlos! *(A la puerta de las habitaciones.)* ¡Tío! ¡Tía Julia! ¡Vengan ustedes! *(A la puerta del despacho.)* ¡Bautista, ven! ¡Venid!

ESCENA XII

Dichos, doña Julia, señor Farnell, don Julián, Lola, Juan de la Peña, Bautista, don Antolín y Catalina.

FARNE. ¿Qué quieres?
JULIAN. ¿Qué es esto?
RAFA. Quiero... celebrar consejo de familia... para hacer las cosas con orden... Siéntense ustedes, o quédense en pie. Como gusten.
JULIAN. Pero ¿qué pasa?
RAFA. Pasa, que me quiero casar con Mariana... y que se la pido al tío Bautista... y que como no es suya, me la llevo.
SR. BA. ¡Nunca!
RAFA. Pasa, que hace mucho tiempo que veo infamias, y bajezas, y maldades, y callo; que veo jugar a la muerte, y callo, y callo... ¡y ya he callado bastante! ¡Ya se me ha acabado la ironía! La ironía sólo sirve para despreciar riendo; pero ustedes no dan risa, dan asco.
FARNE. ¿Por quién dices eso?
RAFA. ¡Por todos juntos!, ¡que son todos cuerpos de usurero! ¡Cazadores furtivos de dinero! ¡Entierra honras! ¡Sepultureros de todo lo noble y verdugos de toda hermosura!
JULIAN. ¡Qué ordinario! *(Bautista se abalanza a Rafael y doña Julia le detiene.)*

FARNE. ¿A personas honradas dices eso?

RAFA. No; a personas honradas, no. A ustedes. A ustedes, que no han asesinado a nadie oficialmente; pero que van matando poco a poco; que si necesitan ustedes robar, roban conforme al Código; que se llaman personas decentes, porque no han estado en presidio. ¿Dónde está la justicia, que a los que no tienen cédula los prende por sospechosos, y a los que no tienen conciencia los saluda y hasta los respeta?

SR. BA. O estás loco o habría que cortarte la lengua. ¿Qué te hemos hecho? ¿Qué te hemos hecho, dí, perdido! Y a Mariana, ¿qué le hemos hecho?

RAFA. Traerla desde el limbo, donde estaba, al infierno.

SR. BA. Y haberle dado mi nombre, ¿no es nada?

RAFA. No; el nombre honra cuando es un nombre; pero el nombre de usted no es un nombre, es una rúbrica. ¡El que usted le ha dado es una mancha; un nombre que va mojado en lágrimas; un nombre de minúsculas doradas; un nombre que, si me viniese de usted, me le habría borrado con bencina!

FARNE. ¡Calla, pillo!

JULIAN. ¡Ordinario!

RAFA. ¡Ja, ja! ¡Así! Ahora desfoguen ustedes, que yo ya estoy descansando. Mariana, vámonos.

MARIA. *(A Catalina.)* Madre, ¿me cree usted culpable?

CATALI. *(Abrazándola.)* No, hija mía: ¡ya vuelvo a ver!

RAFA. ¡Vámonos, Mariana; que el cura se impacienta!

SR. BA. *(Corriendo a coger a Mariana.)* ¡No te la llevarás! ¡Venid! ¡Detened!os!

MARIA. *(Dando un grito de horror, y corriendo al lado de Rafael.)* ¡No!

FARNE. Los dos son mayores de edad. Ellos sabrán lo que hacen.

SR. BA. ¡No! ¡No saldréis, no! ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Socorro!

RAFA. ¡Ja, ja! No grite usted ¡ladrones! ¿A quién van a prender si vienen?

SR. BA. ¡A ti, que robas a una mujer!

RAFA. ¡No la robo; la desempeño!

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

Señor Bautista, doña Julia y Lola.

(El señor Bautista está sentado en un sillón, cubiertos los pies con una manta, cerca de la caja, delante de la mesa-escritorio. Doña Julia, sentada cerca de él, haciendo ganchillo, y Lola a la ventana.)

JULIA. ¿Por qué abres la ventana?

LOLA. Por si está el aire muy viciado.

JULIA. Basta que yo la haya cerrado, para que la abras tú.

SR. BA. Dejaos de controversias. Cerrad o abrid, como os dé la gana; pero sin discusiones. Me hacen más daño las discusiones que el aire.

LOLA. Si es ella; por mí no habría cuestión nunca. ¡Es más quisquillosa! Y si no, ahí tiene usted lo que ha pasado con los sinapismos: ¿no me tocaba ponérselos a mí?

JULIA. Ya se los pondrás mañana.

SR. BA. ¿Es que os figuráis que me los voy a poner todos los días, para daros gusto a vosotras?

JULIA. ¿No ves que lo hacemos para que no eches de menos a tu mujer, tonto?

LOLA. Aquélla sí que dio pocas molestias. Mire usted que encontrársela muerta al pie de la cama. ¿De qué se moriría?

SR. BA. ¡Basta! Hacedme el favor de callar.
JULIA. Cuando quieras otra toma, ya lo sabes.
SR. BA. ¡Qué tantas tomas! No quiero más.
JULIA. Tienes que hacer lo que te mandan.
SR. BA. En mí no manda nadie; se lo podéis decir al médico; que no parezca más por esta casa; que estoy malo; pero no tan a menudo como viene él.
JULIA. Todo lo hacemos para que te pongas bueno, Bautista.
SR. BA. Ya me pondré sin necesidad de médico. ¡La gota, la gota! ¡Y no sabe salir de la gota!
JULIA. Valen más nuestros cuidados que todas las medicinas del mundo.
SR. BA. Necesito tranquilidad.
JULIA. Tú eres el que la pierdes con tanto cortar papeluchos.
SR. BA. ¿A los cupones les llamas papeluchos, infeliz?
LOLA. ¿Y por qué tiene usted que cortar tantos?
SR. BA. Esta es la siega del rentista. ¡La cosecha! El campo de trigo de centeno. ¡Míralos qué bonitos! Todos tan iguales, tan lustrosos, colocaditos como un ejército, cuatro a cuatro, ¡de frente! ¡No hay paisaje en el mundo tan hermoso como estas hojas! Míralas; éste es mi rosario. *(Contando.)* Ocho, nueve, diez..., ¡alabado sea Dios!, y a cada montón de cincuenta, "pater, filio et spiritui sancto".
LOLA. ¡A mí no me divertiría eso!
JULIA. Déjale que se entretenga, ¡pobrecillo! Mientras está cortando no hace mal a nadie.
LOLA. ¡Vamos, tiito, un poco más de medicina!
JULIA. Yo se la daré.
LOLA. ¡Me toca a mí!
SR. BA. Marchaos, tengo que abrir la caja, y con mujeres no se puede contar. Ya os llamaré yo cada tres horas. *(Lola y doña Julia salen, disputándose.)*
LOLA. ¡Usted tiene la culpa, porque nunca se calla!
JULIA. ¡Si no la tuvieses tú más!
LOLA. ¡Sí, señora; sí, señora!

JULIA. ¡Pues no, señora! *(El señor Bautista se levanta con dificultad, abre la caja y mete las acciones. Don Antolín, distraído, sale con el Mayor debajo del brazo, y va a atravesar la sala.)*

ESCENA II

Señor Bautista y *don Antolín.*

SR. BA. Don Antolín, ¿dónde va usted con el Mayor?

ANTOL. ¡Ay!, usted dispense: salía distraído, y no me había dado cuenta de que me le llevaba.

SR. BA. Se pueden llevar los libros por afición, pero no tanto; usted ya chochea, señor Antolín.

ANTOL. Tiene usted mucha razón, señor Bautista. Así. Ríñame usted, ríñame usted.

SR. BA. ¡Siéntese usted aquí!

ANTOL. Ríñame usted, que así me demostrará usted que todavía le sirvo para algo.

SR. BA. ¿No ha de servir usted, santo varón? Le doy a usted pruebas de confianza que no le he dado a nadie nunca, y si no le doy el sueldo que merece, es... porque usted se negó a tomarle, y porque le considero a usted como de la familia.

ANTOL. ¡Gracias!

SR. BA. ¿No hay novedad en el escritorio? ¿Se cobra con regularidad? ¡Duro con los que se atrasen!

ANTOL. Todo va bein, señor Bautista. Esté usted enfermo..., quiero decir... enfermo tranquilo, que todos miramos por usted.

SR. BA. ¡Ya pueden, porque este dolor que tengo me atropella! ¡No estoy para nada de este mundo! ¿A cómo ha quedado el exterior?

ANTOL. El cambio ha subido cerca de un entero.

SR. BA. *(Levantándose.)* ¿Ve usted? Hay momentos en que me encuentro mejor.

ANTOL. Ya se conoce que la enfermedad de usted es también exterior. Siente los cambios.

SR. BA. Ahora lo ha dicho usted. Siento los cambios.

ANTOL. Pues un mal así hay que cuidarle.

SR. BA. ¿Cuidármele dice usted? ¿Pues no ve usted cómo me le cuida todo el mundo? Creen que estoy muy malo, ¡pobre de mí!, y yo dejo que lo sigan creyendo, para no quitarles las esperanzas. ¡Hasta querían hacerme confesar! ¿Qué le parece a usted? ¡Confesar! ¿Qué mal he hecho yo a nadie, ni de qué tengo yo que arrepentirme en este mundo para tenerme que confesar?

ANTOL. Siempre tiene uno alguna faltilla...

SR. BA. Pues yo, si tuviese que volver a empezar, volvería a hacer lo mismo que he hecho. ¡Tengo aún que vivir mucho, don Antolín! Soy duro y estoy agarrado a la vida, porque la he economizado siempre. Esto de las piernas puede durar muchos años, y, sin poder andar, también se puede ganar dinero. No son los que van a pie los que mejor le ganan.

ANTOL. ¡Si valiese el estar sentado!...

SR. BA. ¡Si como tengo el mal en las piernas, lo tuviese en las manos, entonces sí que me daría horror!

ANTOL. Ya lo creo; porque no podría usted comer.

SR. BA. El comer no importa; ¡ya me pondrían la comida en la boca, pagándolo!

ANTOL. Ni dar la mano a los amigos.

SR. BA. Nada de eso. ¿Sabe usted por qué me horroriza? Porque tendría que dar poderes, ¿entiende usted? Y yo confiaría mi alma, pero no la llave de la caja.

ANTOL. Señor Bautista, aún hay personas honradas en el mundo.

SR. BA. No lo digo por usted. Usted no cuento. Usted no es de este mundo. Usted lleva los libros del vivir, pero no vive.

ANTOL. Es verdad. Yo no hago más que andar pasito a paso, hasta llegar a la última página.

SR. BA. Esa es la que a mí me atormenta.

ANTOL. ¿Le da a usted miedo la muerte?

SR. BA. Me da miedo, porque al morir se queda uno pobre. Me da miedo, porque pienso que tendré

que dejar todo lo que tengo... ¡Que no me lo puedo llevar al otro mundo! ¡Que si me meten el dinero en la caja, me desenterrarán para quitármelo!... ¡Que no les dará horror robar a un muerto!... ¡Que ni la canderilla me dejarían!... Antes, en los tiempos antiguos, dicen que les ponían a los muertos unos cuantos cuartos para pasar la barca. ¡Hoy tendría uno que echarse a nado si quisiera pasar a la otra orilla!

ANTOL. Pues déjelo usted para cosas benéficas.

SR. BA. ¡Si le oyen a usted los que me están cuidando! No hay cosas benéficas.

ANTOL. Sí, señor; por ejemplo: podría usted dejar un capital para dotar a huérfanas pobres...

SR. BA. ¡No me hable usted de huérfanas! El día en que dotasen a las huérfanas, si el dote valía un poco la pena, ¡a empujones querrían serlo! ¡Habría hasta padres que se ganasen la vida haciendo ver que nunca lo habían sido!

ANTOL. Si todo el mundo hiciese como yo, no lo crea usted.

SR. BA. Si todo el mundo hiciese lo que usted, ya lo creo. Con todo lo que tengo sería pobre. ¡Fuera ambición, fuera riqueza! Pero los demás no son como usted. Me dejarían solo..., y ahora vienen porque tengo un imán que les atrae, ¡que les ciega!, ¡que les hace temblar los dedos como a las águilas! ¡Que les hace afilarse el pico como a los buitres!

ANTOL. ¡Jesús!

SR. BA. ¡Hasta Mariana ha de venir, y ese orgulloso de Rafael!

ANTOL. No lo creo.

SR. BA. ¡Vendrán! Cuando se cansen de abrazarse, vendrán. Se cansarán de volar y vendrán a caer al reclamo. *(Se oye hablar fuera.)* ¿Oye usted? ¿Ve usted cómo vienen? Sienten olor a billetes de Banco, y se van acercando a la mesa.

ESCENA III

Dichos. Don Julián y *Juan de la Peña.* Luego, el *señor Farnell, Bautista* y *doña Julia.*

JULIAN. Dispensa, Bautista, que no te haya venido a ver hace dos días; pero ya sabía que estabas mejor por Lolita y por los periódicos.

SR. BA. ¿Los periódicos hablan de mí?

JULIAN. ¡Pues no han de hablar! El "Clamor de la Banca" trajo ayer la noticia, y todos los demás la copian. Aunque no quieras, eres persona importante, y es más, nos das importancia a todos. La aureola de tu nombre llega hasta nosotros.

PEÑA. Yo, ya sabe usted por qué no he venido. Tengo otro tío enfermo, y me quedo a velarle; pero es cosa de ocho días, ¡pobrecillo!, pronto estaré a la disposición de usted.

SR. BA. Gracias; pero me choca cómo te quedas a velarle, siendo como eres.

PEÑA. ¡Oh!, lo pasamos muy bien. Nos reunimos tres o cuatro, y jugamos al bacará.

SR. BA. ¿También sobrinos?

PEÑA. ¡Ca! Aficionados voluntarios; lo mismo les da jugar allí que en el casino. Si el enfermo duerme, vamos jugando, y si no, despertamos al médico y nos vamos a dormir nosotros. Conque ya lo sabe usted. Vendremos.

SR. BA. Calla, que me pongo peor. Que me pongo muy malo.

LOLA. ¿Qué tiene usted, tío?

SR. BA. Temo que me va a dar otro ataque.

LOLA. ¿Quiere usted que vayamos a buscar al médico?

SR. BA. ¡No! Tendría el ataque y el médico. ¡Estoy mal, mucho peor de lo que os figuráis! ¡De ésta no salgo!

FARNE. *(Entra corriendo.)* ¡Qué alza, qué alza en la Bolsa!

SR. BA. ¡Dices que alza!

FARNE. Todo sube. ¡Una verdadera locura! Exterior, tres por ciento, acciones, todo. ¡Todos los valores por las nubes!

SR. BA. ¿Y habiendo ese alza te has venido y no has hecho una operación?

FARNE. Ha sido por venir a verte.

SR. BA. ¡Antes es la Bolsa que yo! A mí me puedes ver a todas horas.

BAUTI. *(Saliendo de la puerta del despacho.)* Venía a decirle a usted que hay un gran movimiento en el cambio. ¿Qué hacemos? ¿Compramos?

SR. BA. Voy, voy.

JULIAN. Pero... ¿estando como estás?

SR. BA. *(Levantándose.)* ¡Ya voy, digo!

JULIA. *(Saliendo con la medicina.)* La medicina.

SR. BA. ¡Qué medicina, ni qué ocho cuartos! ¡La mejor medicina es el alza! *(Yendo hacia el despacho lo más a prisa que puede.)* ¡El alza!, ¡el alza! *(Don Antolín y Bautista le siguen.)*

ESCENA IV

Don Julián, Juan de la Peña, Farnell, Lola y *doña Julia.*

JULIAN. ¡Vaya una voluntad de hierro!

PEÑA. ¿Y este tío está tan malo como dicen?

FARNE. Esto ha sido un alza; pero después vendrá la baja.

PEÑA. Lo que yo digo es que va para largo. Y en esto de tíos tengo práctica.

JULIA. No es que le desee la muerte. ¡Dios me libre! Pero no sabe una a qué atenerse.

FARNE. Hasta que se abra el testamento, no hay modo de saberlo.

JULIAN. ¡Sí, sí!

JULIA. A mí se me figura que con su calma, ni le habrá hecho.

JULIAN. Siendo así tocaríamos a partes iguales.

JULIA. Y ¿por qué ha de ser partes iguales? ¿No es primero mi hijo que tu Lola?

JULIAN. Es lo mismo.

JULIA. ¿De cuándo acá?
JULIAN. De siempre.
JULIA. Eso lo pleitearíamos.
JULIAN. Perderías el pleito.
PEÑA. ¡Ya lo creo que lo perderían!
JULIA. ¡Qué habíamos de perder, desgraciados! ¡Tenemos amigos e influencias!
JULIAN. Y nosotros influencias y amigos.
LOLA. Usted, tía, no entiende de leyes.
JULIA. ¡A mí no tienes que decírmelo tú, mocosa!
LOLA. ¡Ni usted a mí!
FARNE. ¡Orden, orden!
JULIA. ¡Yo, que me desvivo por mi hermano! ¡Que me paso aquí el día y la noche!...
LOLA. Porque está usted mejor que en su casa.
FARNE. *(A doña Julia.)* ¡Calla, calla! ¡Es una insolente!
LOLA. ¡Tía!
FARNE. *(Oyendo entrar al señor Bautista.)* ¡Silencio! *(Todos callan en seco al entrar el señor Bautista, acompañado de don Antolín.)*

ESCENA V

Dichos, don Antolín, señor Bautista y *Bautista.*

SR. BA. *(Sentándose.)* ¡No puedo, no puedo más! He dado órdenes; pero no puedo más. *(El señor Bautista se sienta. Don Antolín se va al pasillo.)*
JULIA. Ahora lo estábamos diciendo todos: Bautista hace una imprudencia.
SR. BA. No puedo; estoy mal; no lo quería creer, pero estoy mal. Me falta no sé qué; me falta vida. Siento un peso en las piernas, como si las llevase forradas de plomo. ¡No sé qué me falta!
ANTOL. *(Entrando a toda prisa.)* Señor Bautista, señor Bautista, ahí están Rafael y Mariana, que dicen que si pueden entrar.
SR. BA. ¡Ja, ja! ¿Lo ve usted? ¿Ve usted cómo vienen también, al fin y al cabo?
ANTOL. ¿Entran?

TODOS. *(A un tiempo.)* ¡No!
FARNE. ¡Fuera!
JULIAN. ¡Qué poca vergüenza!
BAUTI. ¡Dígales usted que el tío está muy mal!
SR. BA. ¡No! Que entren. ¡Lo mando! Dígales usted que entren, vengan como vengan.

ESCENA VI

Dichos, Rafael y *Mariana.*

RAFA. ¡Buenos días! Seguramente les sorprenderá a ustedes vernos en esta casa. No me extraña, porque yo tampoco me puedo convencer de que he venido. Y no es que guarde rencor, ni malos recuerdos. Nada de eso; yo, no sólo perdono..., hasta olvido.
SR. BA. Ten en cuenta, antes de hablar, que te he dejado entrar por ella, no por ti.
RAFA. Por ella vengo; por Mariana. Lo que es por mí solo, puede usted estar seguro de que no hubiera venido. Somos felices: en mi casa no hay nubes; pero cuando miro a los ojos de la que ahora es mi mujer, a veces veo una niebla en ellos..., y no quiero nieblas.
MARIA. Sabía que usted estaba enfermo; sabía que, si somos felices, a usted se lo debo, y la tristeza del remordimiento de no mostrarme agradecida, era mi única pena..
RAFA. Y yo se la he querido quitar.
SR. BA. ¿Y a qué venís?
MARIA. Venimos a traer una corona a la memoria que guardamos de aquella que me sirvió de madre; venimos a pagar, borrándolo todo, con lo único que nosotros podemos pagar; con buenos deseos y agradecimiento.
RAFA. Y venimos a traerle lo que usted no tiene, ni le dejan tener, ¡alegría! ¡Alegría de corazón, que es el único remedio contra la soledad de la vejez!
MARIA. ¡Y que se la traemos con toda el alma!

SR. BA. Y vosotros, viviendo como vivís, ¿tenéis alegría?

JULIAN. ¡Qué han de tener!

MARIA. ¡Que si tenemos alegría! ¡Tenemos salud de cuerpo y de alma! ¡Tenemos un nido en que todo cabe, menos el cariño que nos tenemos!

RAFA. ¡Como que nos tenemos que salir a la azotea! Tenemos trabajo de sobra: que el que se dedica a copiar farsantes, no acaba la tarea en toda su vida. ¡Y tenemos un hijo robusto y hermoso!

MARIA. ¡Y que ya anda, padrino!

RAFA. ¿Cómo que anda? ¡Salta!

MARIA. ¡Y nos llama!

RAFA. ¡Y dibuja! ¡Y sabe caligrafía!

MARIA. Y le he criado yo.

RAFA. ¡A un chiquillo así también le hubiera criado yo! ¡Si el reír le engorda!

MARIA. ¡Y es más rubio!

RAFA. ¡No lo era!

MARIA. Le hemos vuelto rubio a fuerza de besos.

RAFA. Y dice "papá" y "mamá" y "viva la libertad".

PEÑA. ¡Ja, ja! ¡Viva!

SR. BA. Bueno. Y ¿qué quieres decir con todo eso?

FARNE. Claro está. Dinos dónde vas a parar.

MARIA. Quiero decir que se le traeremos a usted; que vendremos nosotros; que alegraremos esta casa; que habrá en ella ruido y risas que curen todos los males; que le haremos a usted comprar soldaditos de plomo y caballos de cartón y trompetas.

RAFA. Y que las comprará usted con gusto, porque por cada perra chica de trompeta, se ahorrará usted un duro de médico, y por cada tintero que el chiquillo vierta, menos negrura habrá en la casa.

MARIA. En fin: le venimos a traer a usted salud para el alma.

RAFA. Eso es lo que traemos.

SR. BA. Y ¿qué pides?

RAFA. Que esté contenta Mariana.

SR. BA. ¿Y nada más?

RAFA. Sí; que sirva usted de abuelo a nuestro hijo, que no tendrá usted que arrepentirse; que muchas veces se sabe hacer de abuelo sin que se haya sabido hacer de padre. Que ella tenga donde agradecer, ya que así lo desea, y que yo, viéndoles a todos contentos, cante, baile con el chiquillo, con ella, con usted, y hasta con esos dependientes tan serios que tiene usted encerrados allí dentro.

SR. BA. Ya te entiendo. Tú quieres que dote a tu hijo.

JULIA. Ahí le duele.

RAFA. No, hombre; no me entiende usted. ¡Si ya se dotará solo! ¡Si será un genio este hijo nuestro! Si el que sabe dibujar de año y medio, como sabe dibujar él con los dedos, cuando tenga diez años hará obras maestras.

SR. BA. Entonces quieres que le señale una pensión. ¡Dí de una vez lo que vienes buscando!

RAFA. ¡Cómo le ha endurecido a usted el dinero! ¡Vengo por Mariana y por usted! Porque ella esté contenta y pueda pagarle una deuda: la de haberse casado conmigo, ¿entiende usted?, la deuda de haberme endosado una letra que le queremos pagar a usted en cariño.

SR. BA. Bueno, no quiero pasar por avaro. Ya me arreglaré yo para que no quede descontenta.

RAFA. Si es dándole dinero..., no le queremos.

JULIAN. Porque están verdes.

FARNE. Y tan verdes.

RAFA. Hagamos un trato. Firme usted delante de nosotros un testamento, el último, el que vale, dejándoselo todo a los pobres, y no le abandonaré nunca.

MARIA. ¡Ni yo!

JULIA. Y ¿quién te mete a disponer del dinero de los demás?

RAFA. ¿Quiénes son los demás, él o ustedes?

SR. BA. Es decir, ¿que no queréis nada y que vendríais a servirme de hijos, renunciándolo todo para siempre?

RAFA. Ya empieza usted a ver claro. Mariana, además de quererme a mí, como no ha podido tener padres, y como todo el mundo desea lo que no tiene, echa de menos un hogar, una casa que le parezca la casa de su padre, por poco o mucho que lo sea... Y como ella lo quiere, también lo quiero yo; y como lo queremos los dos, también lo querrá el chico, porque por fiero que sea, aún no tiene independencia.

SR. BA. ¡Habla en serio!

RAFA. Pues hablando en serio lo digo: que venimos a buscar unión, y que sus dineros me dan repugnancia.

SR. BA. No lo entiendo. Mi pobre cabeza no alcanza a tanto.

RAFA. Pero alcanzaría su corazón, si pudiese usted desenterrarle.

JULIA. ¡Qué artista eres!

FARNE. A eso se llama cazar con finura.

RAFA. ¿Cazar dinero, quiere usted decir?

FARNE. Tú dirás.

JULIAN. ¿Qué ha de decir él?

RAFA. Pero ¿no ven ustedes, ¡infelices!, que no me aprovecharían estos miserables dineros, ganados a traición familiar? Gano poco; pero lo que gano, ¡vive Dios!, como lo he ido arrancando a costa de mi vida; como que puedo llevarlo en las manos abiertas, y no las tengo que esconder como garras; como no ha hecho llorar a nadie..., entra en casa triunfalmente, siempre de cara, ¡nunca de cruz!, porque trae felicidad y no sale a hacer desgracias...; pero no me hagan ustedes cambiar de tono, que hoy vengo en tono menor, y con una murga como ustedes no se pueden tocar finuras.

SR. BA. *(Hablando para sí.)* No lo entiendo.

JULIA. Tú a lo que vienes es a infernar una familia.

FARNE. Y el tío te oye por demasiado bueno que es.

JULIAN. No sé cómo tiene tanta paciencia.

SR. BA. ¡Callad vosotros, y dejadle hablar!

MARIA. ¿Verdad que tenemos razón, padrino?

SR. BA. ¡No lo sé! ¡Todo es nuevo para mí! ¡No lo entiendo!

RAFA. Eso no hay que entenderlo, hay que sentirlo, De las cosas del sentimiento no se llevan libros, ni libretas. ¡No se hacen recibos del amor! Y Mariana no quiere firmas: o se la quiere de palabra, o se la niega el crédito. Le hablo a usted comercialmente, a ver si me acaba usted de entender.

SR. BA. ¡No puede ser! Seréis como todo el mundo.

FARNE. Peor que todos, porque éstos disimulan.

JULIA. ¡Y con qué aplomo y qué descaro!

RAFA. Hoy no vengo a discutir con ustedes. ¡Me dan ustedes lástima y compasión! ¡Quédense ustedes aquí; ustedes, las personas decentes! ¡Quédense pegados como lapas a este corazón de roca! ¡Quédense a guardarle con el reloj de arena en la mano, y hártense ustedes de esperar, estatuas de mármol, que cuando lleguen a coger el dinero, si le cogen, ¡ya echará olor a carne muerta! Vámonos.

JULIA. ¡Insolente! ¡Vete, vete!

RAFA. ¡Vámonos, Mariana, vámonos; no sea que nos pongamos tristes!

MARIA. ¿No nos quiere usted? ¿Nos deja usted marchar? ¿No le dice a usted nada el corazón?

SR. BA. Me dice cosas que no me explico.

MARIA. ¡Eso es que quiere despertar, padrino!

SR. BA. ¡Dejadme! Ya reflexionaré.

MARIA. ¡Si no venimos para reflexionar! Venimos para abrazarle a usted. Créanos, créanos.

SR. BA. A ti ya te creo. Quiero creerte. No te he olvidado. Te conservo el mismo cariño, que ni el tiempo ni el dinero han podido borrar. Quédate tú, si quieres.

MARIA. Nos quedaremos todos, padrino.

SR. BA. Todos; pero tú.

RAFA. Mariana, vámonos. Tú ya has cumplido como querías, y yo he visto lo que temía. Total: prosa. Y ya que hemos cumplido con los muertos, vamos a buscar a los vivos. En casa todavía

debe estar dando el sol. ¡Tenemos que regar el jardín! ¡Tenemos que ver el azul del cielo! ¡Nos tenemos que abrazar muchas veces, para ganar el tiempo que aquí nos han hecho perder! ¡Tenemos que trabajar, y tenemos que vivir!

SR. BA. ¡Quédate tú, tú sola, Mariana!

RAFA. No se puede quedar ella sola; es madre, y aquel ángel de Dios nos está esperando, y no quiere medicinas..., ¡quiere sopas! *(Rafael coge alegremente a Mariana del brazo, y se la lleva.)*

ESCENA VII

Señor Bautista, doña Julia, señor Farnell, don Julián, Bautista, Lola y *Juan de la Peña.*

SR. BA. ¡Venid, venid!

JULIA. ¡Gracias a Dios que se han ido!

FARNE. ¡Cuánta paciencia he necesitado tener! ¡Mal educados!

JULIA. ¡Porque no servís para nada! ¡Vergüenza me daría ser hombre y no haberlos echado a empujones! ¡Ah, si yo gastase pantalones!

BAUTI. ¡Y ¡ay! si yo hubiese sido independiente!

SR. BA. ¡No! Ellos serán..., no sé lo que son; pero sé que no piden nada, que no me asedian como vosotros.

FARNE. ¡Bautista!

SR. BA. *(Medio llorando.)* ¡Que me traen cosas que yo de buena gana compraría, y no me las quieren vender!

JULIA. ¡Trastornos es lo que te traen!

SR. BA. ¡Pero son trastornos de otra clase! ¡Acaso ellos vienen por mí, no lo sé; pero vosotros no venís por mí, venís por el rastro que he de dejar cuando me muera!

FARNE. ¡Bautista, si hablas así, nos retiramos!

SR. BA. ¡Sí, retiraos; marchaos para siempre jamás!

JULIA. ¿Y te atreves a decirnos eso a nosotros? ¿A los que somos tu apoyo moral... avaro?

SR. BA. ¡Sí, sí; seré avaro, ya lo sé; pero en el mundo la avaricia es doble: para que haya un avaro se necesitan dos! Y si yo soy avaro de guardarme el dinero, para darme el gusto de guardarle, ¿no lo sois mucho más vosotros, que me lo queréis quitar por el gusto de tenerlo? ¿Quién es más avaro, responded, el que lo es de lo suyo o el que lo es de lo ajeno?

JULIA. ¡No tienes sangre!

SR. BA. Mejor.

JULIA. ¡Pero, Bautista, tú te trastornas! Tú no estás en tu juicio. ¿Quién te va a cuidar de aquí en adelante?

SR. BA. Mi mal, que no será tan malo como vosotros.

FARNE. Es decir, ¿que nos echas?

SR. BA. No os echo: ¡os tiro!, ¡os barro!

JULIA. ¡Miserable!

BAUTI. ¡A ese Rafael le tengo que matar!

FARNE. ¡Vámonos, y que se fastidie solo!

PEÑA. Yo ya me habría marchado hace rato.

JULIA. Piénsalo; mira que no volveremos más.

SR. BA. ¡Mejor!

FARNE. *(Cogiendo a doña Julia por un brazo.)* ¡Ven! ¡Vámonos!

JULIAN. *(A Lola.)* Dejémosle. Ya se le pasará. ¡Cuando chochean, hay que perdonárselo todo!

LOLA. ¿Yo también, tío?

SR. BA. ¡Todos! Sois distintos por fuera; pero por dentro todos sois iguales. ¡Sois hermanos dignos de lo que yo he sido hasta ahora!

PEÑA. Arranquemos de una vez.

JULIAN. *(Marchándose con Lola y Peña.)* No tiene educación.

FARNE. *(Marchándose con doña Julia.)* ¡Mamarracho, más que mamarracho!

JULIA. ¡Así se te pudran los billetes!

BAUTI. *(Entrando al despacho. Entre dientes.)* ¡Ladrón!

ESCENA VIII

Señor Bautista y *don Antolín.*

ANTOL. ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué ha hecho usted, cristiano?

SR. BA. ¿Ya están fuera? Ya no me tengo que dar prisa a morirme. ¡Ya me puedo morir cuando me venga bien, sin que haya nadie que me esté esperando! Rafael tenía razón. Me temen; ¡pero me odian más que me temen! Me muero de dolores, y me cuidan; ¡pero me cuidan para vigilarme! Cuanto más viejo me voy haciendo, más se acercan, y ya llevan luto de alegría de ver que me voy muriendo..., ¡y no quiero! ¡Les quiero demostrar que no soy tan avaro como se figuran!

ANTOL. Sosiéguese usted, señor Bautista.

SR. BA. Si el dinero tiene la culpa, quiero demostrar que no me domina esta montaña de oro, que no me ha dejado tener hijos, ni juventud, ni cariños, ni amigos, ni nada de lo que tienen otros.

ANTOL. Pero tenga usted resignación: ¡se lo aconseja a usted un maestro en el oficio!

SR. BA. ¡Si no he hecho nunca bien a nadie, quiero hacerlo de aquí en adelante! ¡Quiero dar limosnas! ¡Maldigo el dinero!

ANTOL. Le maldice usted porque le ama.

SR. BA. ¡Le detesto!

ANTOL. ¡Ya está usted acostumbrado a tenerle, y le tendrá usted que tener por fuerza!

SR. BA. Por el alma que tengo, ¡se lo juro! ¡Desde hoy me causa odio!

ANTOL. Aunque le tenga usted odio, está usted condedo a rico perpetuo.

SR. BA. ¡Condenado! Venga usted. *(Levantándose.)* ¡Venga usted conmigo! ¡Acompáñeme usted! ¡Sosténgame usted, que me muero! *(Apoyado en el brazo de don Antolín, va hasta la caja.)* ¿Ve usted esto? *(Arañando la caja.)* ¿Este montón de acero? Ese es el sepulcro: ¡mi

sepulcro! Pues lo profano. *(Abriendo.)* ¿Ve usted este abismo? ¡Un abismo que no le ha visto nunca nadie en el mundo más que ella! ¡El infierno que me llama y me atrae! ¡Ya no me atraerá más! Y todo esto, que son billetes, dinero, oro, fortuna... ¡No lo quiero! *(Coge tembloroso e indeciso un gran paquete de billetes.)* ¡Tenga usted! Todos éstos, todos; para Rafael y Mariana. ¡Todos!

ANTOL. *(Cogiéndolos.)* Los tengo en la mano y no lo creo, ¡no lo puedo creer!

SR. BA. ¡Tome usted, le digo! *(Dándole más.)* ¡Más! Todos éstos para los pobres; para ellos. ¡Que vuelvan adonde han venido!

ANTOL. ¿Y los da usted de corazón?

SR. BA. ¡Los doy!

ANTOL. ¡Caja a miseria!, si es verdad. Me los llevo. ¡Corro a remediar llagas!

SR. BA. *(Que se ha quedado temblando junto a la caja, arranca en grandísimo llanto y cae a los pies de don Antolín.)* ¡No, no! ¡Son míos! ¡Son los míos! ¡Lo he dicho, pero no lo he firmado! ¡Devuélvamelos usted, por amor de Dios! ¿Por qué los voy a dar si son míos? ¡Si son mi fuerza, si no tengo más fuerza que ellos! ¡Le mando a usted que me los dé! ¡Son míos!

ANTOL. Tome usted, hombre, tome usted; aquí los tiene usted.

SR. BA. *(Apretando el paquete, y yendo medio a rastras por el dolor, hasta caer al pie de la caja.)* ¡Son míos! ¡Soy más pobre que nadie!

ANTOL. Tiene usted razón. ¡No son los pobres de dinero los más miserables!

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amar*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Rodríguez.
22 *Colonia de Tilda*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fanfarria*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La risa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sá.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y Galatea*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Tyrsi*, por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42 *El pueblo [illegible]*, por Federico Oliver.

43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.

44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.

45 *La fuerza del sol*, por Manuel Linares Rivas.

46 *El bandido de la Sierra*, por Luis Fernández Ardavín.

47 *La intriga*, por Maurice Maeterlinck.

48 *No te ofendas, Beatriz*, por G. Arniches y L. Abati.

49 *Los leales*, por E. y J. Alvarez Quintero.

50 *El señor de estrellas*, por Jacinto Benavente.

51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.

52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.

53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada*, por Jacinto Benavente.

54 *Alborozos*, por Jacinto Benavente.

55 *La Reina*, por Manuel Linares Rivas.

56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres*, por Jacinto Benavente.

57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos*, por Jacinto Benavente.

58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien*, por Jacinto Benavente.

59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.

60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.

61. *El azar*, por Federico Oliver.

62 *El ilustre huésped*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.

64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.

65 ... *Y después?*, por Felipe Sassone.

66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.

67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.

68 *Lo que ellas quieren* por Federico Oliver.

69 *El último mono*, por Carlos Arniches.

70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.

71 *La condesa María*, por Ignacio Luca de Tena.

72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.

73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.

74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.

75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.

76. *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.

77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.

78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).

79. *Divino tesoro*; por Juan Ignacio Luca de Tena.

80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.

81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.

82. *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.

83. *La mala ley* y *Primero, vivir* (extraordinario), por Manuel Linares Rivas.

84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.

OBRAS DRAMATICAS DE GREGORIO MARTINEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

JUVENTUD, DIVINO TESORO...—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes.)

EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

CANCION DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa.)

LA SUERTE DE ISABELITA.—Comedia en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo.)

LA FAMILIA REAL.—Comedia lírica en dos actos y cinco cuadros, musica de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

EL POBRECITO JUAN.—Comedia en un acto. (Teatro Lara.)

LA TIRANA.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava.)

MADAME PEPITA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia.)

MAMA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

SOLO PARA MUJERES.—Conferencia contra el amor, pronunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa.)

MADRIGAL.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL ENAMORADO.—Paso de comedia. (Teatro de la Comedia.)

LOS PASTORES.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LAS GOLONDRINAS.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price.)
LA MUJER DEL HEROE.—Sainete en dos actos. (Teatro Lara.)
MARGOT.—Comedia lírica en tres actos, música de Joaquín Turina. (Teatro de la Zarzuela.)
LA PASION.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)
EL AMOR BRUJO.—Gitanería en un acto y dos cuadros, escrita expresamente para Pastora Imperio, música de Manuel de Falla. (Teatro Lara.)
AMANECER.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)
EL REINO DE DIOS.—Elegía en tres actos. (Teatro Eslava.)
NAVIDAD.—Milagro en tres cuadros, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)
PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)
EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA.—Acción mímica en dos cuadros, música de Manuel de Falla. (Teatro Eslava.)
LA ADULTERA PENITENTE.—Drama en tres actos y diez cuadros, adaptación libre de Moreto, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)
ESPERANZA NUESTRA.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)
LA LLAMA.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Gran Teatro.)
ROSINA ES FRAGIL.—Comedia en un acto. (Teatro Eslava.)
SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO.—Novela cómica en tres actos. (Teatro Eslava.)
EL CORAZON CIEGO.—Comedia en cuatro actos. (Teatro Eslava.)
ARTE DE AMAR.—Comedia de payasos en un acto. (Teatro Eslava.)
DON JUAN DE ESPAÑA.—Tragicomedia. (Teatro Eslava.)

Concesionaria para la venta: Editorial "Saturnino Calleja", S. A.—Valencia, núm. 28. Madrid.